

# La Esfera

Año I \* Núm. 25

Precio: 50 cénts.



García



A. Ehrmann.

**Este  
Jabon**

**preserva la piel  
de los efectos del calor**

Año I

20 de Junio de 1914

Núm. 25

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL



El príncipe Humberto, heredero del trono de Italia, que viaja actualmente por las costas de España en el crucero escuela de guardias marinas "Buglia"



FOT. SALAZAR

## IRONIAS

**C**AMINO del parque del Oeste, van grupos de chiquillos en busca de salud y de esparcimiento. Sobre las copas más altas del pinar gorgojean los pájaros, estirando sus cuellos hacia las entradas del parque; parece que llaman á los niños.

Los niños aceptan el hospedaje de las aves é invaden el pinar revoloteando, mejor que corriendo. El sol, cernido por el cernedor verde de las hojas, cae sobre las mariposillas humanas, dorando sus carnes, envolviéndolas con la sutil gasa que tejen, al vibrar, los átomos tibios de su luz.

Recostados contra los bancos, ó paseando á lo largo de los andenes, siguen los padres, con ojos y palabras, el juego de sus criaturas. Hasta una mujer enlutada, cuyos párpados aún rojean por las quemazones del llanto, sonrío ahora—acaso es desde la viudez la vez primera que sonrío—ante el espectáculo que ofrece un cacho vivo de su muerto, contemplando los retozos pícaros de una pareja de gorriones. Flexionada sobre la nuca su cabeza, sigue el revuelo de los pájaros la niña de pupilas azules. Su cabellera baja en ondas desde la frente, para cubrir hombros y espalda, como una toca de oro.

La chiquillería se ha enseñoreado de la plazuela, donde converjen los cuatro paseos que cortan el pinar. Juegan allí los niños juntos, confundiendo los ricos con los pobres. El instinto de la fraternidad les aproxima y les reune; ya se encargará de separarlos el egoísmo que informa nuestras leyes y costumbres sociales.

Hojeando por vez enésima la *Resurrección*, de Tolstoi, abandono el parque del Oeste. Es aquel libro, con sus ideas redentoras, una primavera espiritual; sus párrafos entran por mi conciencia como ráfagas saludables, tan saludables como las ráfagas de aire embalsamado que la natural primavera mete por mis pulmones.

Un tropezón que doy contra un muro me hace desviar los ojos del libro. El muro limita los jardines de la Cárcel Modelo. Paro frente á la verja que arranca de este muro, y miro por entre los barrotes.

El jardín es sencillamente encantador; ni el de un prócer con buen gusto, ó con buen jardinero, ni el de un artista rico, pueden aventajar, en cuidados y en armonía de conjunto, á este jardín de la Cárcel Modelo, que los presos nunca, para su deleite, pasean.

Los árboles se yerguen en la atmósfera sin

torceduras que dañen su esbeltez, sin brotes que afeen su tronco, sin caries que manchen su corteza. Cada hoja es un esmalte, tanto el riego las satina y las pule; de sus copas baja la sombra con humedades de caricia. En los macizos gollardean las flores, sin que el polvo amengüe sus matices ó ahogue sus perfumes; ni una hoja marchita hay en ellas, ni un tallo roído por el diente del parásito.

El agua vá por las regueras limpia, transparente, sin impurezas que, al ser por la tierra absorbidas, pudran la vegetal raíz. Tan limpia como este agua es la arena de los paseos; cernida fué con escrupulo minucioso antes de alfombrarlos.

El aire, impregnado con el aroma de las flores, sube al espacio tal que si fuera incienso. Para recogerlo, asoman los cautivos á las rejas que negrean sobre los muros.

Al centro del jardín álzase un cenador. Enredaderas tupidas lo ensombrecen; por ellas cuelgan campanillas violeta, azules, anaranjadas, rojas... Borlones de manta zamorana parecen.

Dentro del cenador, á horcajadas sobre una silla de tijera, hay un vigilante. Cuatro hombres que visten el uniforme de penados, y ciñen sus cabezas con el infamante gorro gris, riegan los macizos, limpian, á golpe de manga, los árboles y quitan la marchita hojarasca de plantas y paseos. Toda la basura se echa en un carretón; á cargo de un penado corre llevarla al vertedero donde, por obra del sol, del viento, y la humedad, se transforma en abono útil al hermoseo del vergel.

Un vergel es el jardinillo gracias á los miserables penados. Nada perdonan ellos para que las flores broten con fuerza del capullo; y no se mustien al abrir; y sean, ya abiertas, maravilla de los ojos, con la gama de sus colores, delicia del olfato, con la gama de su perfume.

Gracias á esos penados, se yerguen los árboles sin torcimientos en su tronco, sin ramas muertas en su copa, sin opacidades en el esmalte de sus hojas; gracias á ellos, la sombra de los árboles tiene humedades de caricia, el agua corre limpia por las regueras, el pie no sufre en los andenes, el cenador semeja un camarín nupcial y el aire sube hasta las celdas carcelarias purificadores alientos.

Dejaran esos presidiarios crecer los troncos sin guiar su viaje á la altura; las ramas sin la precisa poda; las hojas sin los beneficios del rie-

go; permitieran que hierbas y arbustos crecieran á capricho; cegaran el cauce de las ahora limpias canales; permitieran á los parásitos morder la carne vegetal, y pronto sería el jardín campo de ortigas, las regueras infectos charcos y el aire congreso de asesinos miasmas. Tornaríanse los macizos montones infecundos de arena; los reptiles asomarían sus chatas y astutas cabezas por entre matojos y pedruscos; insectos venenosos zumbarían al sol y vahos pestilentes arrancarían de la sombra.

¡Pobre jardín abandonado!.. Visión de asco y tristeza ofrecería entonces.

Hoy la ofrece de alegría y salud, merced al esfuerzo de cuatro hombres, que visten uniforme gris con vivos amarillos y ciñen á sus cabezas el casquete deshonoroso del presidiario.

¡Y son tales hombres quienes tal obra realizan! Ellos, los abandonados, desheredados de la suerte, los que no hallaron guía para sus pasos infantiles, maestros que cultivaran su intelecto, padres buenos que sanificaran su conciencia!..

De haberlos hallado, quizá el traje gris no se representara á su carne; quizá el deshonoroso casquete presidiario no ajustara sobre sus rapadas cabezas; quizá los actos de su vida igualasen, en pureza y en limpidez, á las aguas que corren por las regueras del jardín.

No cuidaron de ellos, no les educaron, no les atendieron jamás, y fué su alma campo de ortigas, charca infecta su juicio y su conciencia pudridero.

Frente por frente de mis ojos, los penados cuidan el jardín de la cárcel: uno escarba con su azadilla los macizos; limpia otro escrupulosamente hojas, tallos, paseos; este, empuñando la manga regadora, lustra las copas de los árboles; distribuye aquel el agua de la acequia, para que la absorban las raíces; amontona el último en un carretón la basura, que ha de tornarse, por influjos del sol, del aire y la humedad, abono fructífero. Por el trabajo, por el esfuerzo de unos presidiarios, son los árboles joyería, los macizos paleta, el cenador camarín de amadores, incienso la atmósfera.

¿Puede darse mayor ironía que la de este jardín, sanificado, hermoseo por hombres, cuya voluntad y cuya conciencia se dejaron eriales?

JOAQUIN DICENTA

INTERVIUS DE ULTRATUMBA ◊ HABLANDO CON LAS SOMBRAS

## D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ



M. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

EN unas Memorias que, como tantos otros escritos de varia especie, dejó inconclusos y acaso inéditos, don Manuel Fernández y González, se dice:

«He pasado mi vida trabajando, en perdurable inquietud, sin posibilidad de reposo, porque es mi condición la del aventurero, que hasta mientras duerme riñe batallas. Y cuando muera, si Dios me lo concede, andará mi alma vagando por los lugares que mi persona ó mi fantasía visitaron. Seré el alma en pena que asusta á las mocicas, como antes las divertí con mis consejas que enriquecieron á sus editores. Y como yo, á pesar de ser cristiano viejo, he tenido mis puntas y ribetes de demonólogo, cuando tú, lector amado, quieras saber dónde está aquel buen viejo que te inventaba historias, piensa en él, recordando al mismo tiempo cualquiera escena de las que trazó y me hallarás á tu lado, ó poco ha de poder lo que de voluntad me quede.»

Poniendo por obra lo que don Manuel dijo, releímos, cierta noche, su terrible cuento de *Los Monjes de las Alpujarras*, y á la par evocamos al creador de aquellos crueles bandidos alarves. Al volver de una página vimos el rostro del sugestionador mago de las fábulas emocionantes, con la melena gitanesca cayéndole sobre la ceñuda frente, los ojos descentrados por su habitual gesto, cuando reía, y escuchamos la recia y sorda carcajada, más propia para comunicar el terror que el júbilo.

—¿Eres tú quien me llamas?—nos dijo.—¿Aún hay quien se acuerde de mí?

—Sí, maestro. Un antiguo retrato suyo, que le representa tal y como era en los años de cincuenta y nueve á sesenta, nos ha inducido á solicitar que comparezca en la galería de sombras augustas en que los vivos rememoran á los grandes españoles que desaparecieron.

—¿Y quién podrá ocuparse ya del hombre que murió de miseria, sobre un catre de ango, en fementido colchón, sin más medicinas que las que le daba de balde el caritativo Doctor Dueñas, del Hospital General?

—Los que se duelen de aquel ingrato olvido y aspiran á honrar su memoria.

—Deja esa memoria dónde y cómo la pusieron los hombres y los gusanos. Jamás amé los honores, no luché por ellos... Gané el oro á espaldas y lo tiré á la calle por la ventana. El editor Guijarro me pagaba 50 duros diarios porque le diera cada veinticuatro horas un pliego de novela. Manini, otro editor, me entregó en moneda contante y sonante más de un millón de reales. Los editores de París, Rosa y Boure, me tuvieron en la ciudad del Sena, aposentado como un Nabab, y me pasaban una mensualidad de 3.000 francos, á cambio de que les escribiera un tomo cada mes, lo cual, á no ser tan bellas y tan amables las parisenses, hubiera sido para mí cosa de juego... Y con el oro llovían las flores... Alejandro Dumas, el coloso pardo, padre de tantos personajes, que con ellos se poblaría una provincia, me dijo que sentía envidia de mí porque yo había inventado la *Historia de un hombre contada por su esqueleto*. Carlos Dickens, á quien conocí en Londres, me expresó su codicia de mi facultad creadora, y decía:—«Yo trabajo como los orfebres, lenta y minuciosamente. Usted como los gigantes, que erigen torres amontonando pedazos de sierras...» El númen ardía. La pluma volaba. Toda empresa poética me era fácil y hacadera... Quise renovar las estrofas sonoras de Herrera y canté *Lepanto*. Tuve el capricho de que el público me aplaudiera en la escena y llevé al Teatro del Príncipe al *Cid* y al *Cardenal Cisneros*... Mientras quise fui literato. Un día me cansé de serlo y troqué la pluma por la brocha: dicté novelones por centenares, sin parar mientes en que fueran dignos de los que en la juventud había escrito.

*Men Rodríguez de Sanabria* es la obra que se dedica á las ilusiones del autor. *El Rey del puñal*, mi positrer mal aventurado engendro, es la descuidada improvisación que se fragua cuando el autor se entera de que eso que se llama «público», es una piara... Pero, ¿para qué me llamas tú, apartándome de la diversión que ahora tenía?... ¿Sabes dónde me encontraba, cuando me has evocado? Pues con los personajes del libro que lees. En plena Alpujarra, en una huerta de las orillas del Andarax, me estaba conversando con las almas de unos cuantos monjes, de aquellos intrépidos retadores del poder del magnífico y glorioso Don Juan de Austria, á quien, con ser él tan grande, le vinieron grandes también los soberbios foragidos. Ellos vuelven á las veces á rondar por los trágicos abismos donde nacieron, y allí los halló, y me recreo escuchándoles narrar sus proezas. Esa fué siempre mi afición: los grandes paisajes, los grandes monumentos, los grandes hombres, lo que indemniza de la vulgaridad, lo que revela el poder infinito de Dios.

—Hallándose usted en el mundo de la verdad tolerará que le pregunte, y confío en que responda sinceramente, si son justos los dictámenes que sus contemporáneos emitieron acerca de usted. Decían de usted que era una mezcla de genio y de desorden, de ignorancia y de fantasía, de vanidad y de fogosa inventiva, de extraordinario poderío creador y de absoluta inconsciencia artística.

—De lo que en esos juicios hay de bueno para mí, nada diré, sino es que yo escribía sin el menor trabajo, que yo veía personajes y escenas sin más que cerrar los ojos: los llevaba dentro, y para que se convirtieran en creaciones de arte, me bastaba con dejarlos salir. Así resucité á Calderón y á Cervantes, á Velázquez y á Quevedo, á Isabel la magnánima y á Fernando el astuto, que componían la más extraña pareja que se haya visto: la «de un águila y un zorro»; á los Felipes y á sus validos y favoritas, al Conde Duque y á la Princesa de los Ursinos, á Antonio Pérez y al Duque de Alba. De Don Juan cincelé la verdadera figura, trasunto de la del fiero en la mocedad y santo en la vejez, Don Miguel de Mañara. De Bernardo del Carpio saqué cuanto había de simbólico en su bravura y en su rudeza. Referí las vidas de los Soberanos de la Alhambra, que se placían respirando olores de rosas y vahos de sangre humana; y las aventuras de los reyezuelos de taifa que eran caciques de la edad heroica. Los misterios del alma árabe, los revelé en mi narración del *Pozo de los murciélagos*, y el espíritu intrigante, emprendedor é inquieto, de la corte de los Austrias, lo sintetice en *El Pastelero de Madrigal*. Mis *Negreros*, aún andan sobre las olas del mar Caribe, con sus urcas abarrotadas de ébano vivo y doliente. Mis *Misioneros*, todavía predicán los Santos Evangelios entre los infieles de las costas oceánicas. Los que me desdeñan es que no me han leído; porque si desprecié los primores de estilo, he almacenado en mis obras tal cantidad de energía que, con ella, he desvelado á los dormilones y he hecho olvidar sus dolores al podagra. Eso fué, y ya es ser algo... Y en cuanto á mi ignorancia no era tan crasa como se supone. Había yo leído antes de los veinticinco años, cuando era sargento del Provincial de Granada, muchos millares de libros, las historias españolas y extranjeras, nuestras crónicas, nuestro teatro clásico, los viejos romances; y había cursado en el Sacromonte dos años de Teología, no porque hubiera pensado en ser clérigo, sino porque la grandeza de Dios me atraía, y anhelaba conocerla. Mi libro de cabecera en el cuartel era el *Cantar de Mio Cid*, del que sabía de coro largas tiradas. Asimismo conocía al dedillo los romances en que se contiene la trágica leyenda de los *Infantes de Lara*, y de aquél y de ésta arranqué un drama y varios volúmenes, que no son para despreciados... De modo que algo sabía. Eso de que yo «ignoraba la historia, pero la presentaba», es una de tantas bravuconadas de mi audacia, aficionada á desorientar á los discretos.

—¿Fué usted el creador de la forma editorial que se llamó la novela por entregas?

—Yo le dí vida y la difundí por España, de manera que jamás se han leído las novelas como

entonces. ¿No han inventado los modernos editores un procedimiento de comunicación con el público semejante á aquél? ¿De qué libro novelesco se venden ahora los 200.000 ejemplares que despachó Urbano Manini de mi cuento *Luisa ó el ángel de redención*?... La entrega iba á todas partes, entraba por debajo de las puertas y, con su precio baratísimo, permitía que la comprase el más pobre. Eran de ver los albañiles en el descanso de su obra leyendo mis páginas. Las modistas en el taller, los estudiantes en los claustros de la Universidad y del Instituto, los empleados en sus oficinas, los soldados en sus cuarteles, y en fin, todo el mundo, en la capital y en las provincias y en los pueblos, saboreaba las invenciones mías que, en gruesos paquetes, salían cada semana por los coches correos. Puedo afirmar que, cuantos españoles de mi generación sabían leer, me leyeron y gozaron con mis libros... Y esto también es algo para una fama.

—¿Fué usted precoz en su producción literaria?

—A los catorce años ya había publicado un tomo de versos y una novelita. Nací en Sevilla, pero me crié en Granada. Mi padre, que era capitán de Caballería, habiéndose distinguido por sus ideas constitucionales, cuando sobrevino la reacción de 1823 lo encerraron en la Alhambra, donde, con mi madre y conmigo, pasó varios años. Aprendí á andar en el Patio de los Leones y echaba cometas desde el mirador de Lindaraxa. El año 40 fuí llamado al servicio militar y gané la cruz de San Fernando peleando como una fiera en las tristes contiendas de aquella accidentada era. En el Albaicín escribí sobre una tabla, en el año 41, un drama que se titula *El bastardo y el Rey*, que se estrenó en Granada con éxito delirante. Poco después hice la novela *El horóscopo*, y luego *Los hermanos Plantagenet*.

—También se le acusa de haber sido poco amable con sus coiegas y de haberlos zaherido con mordaces pullas.

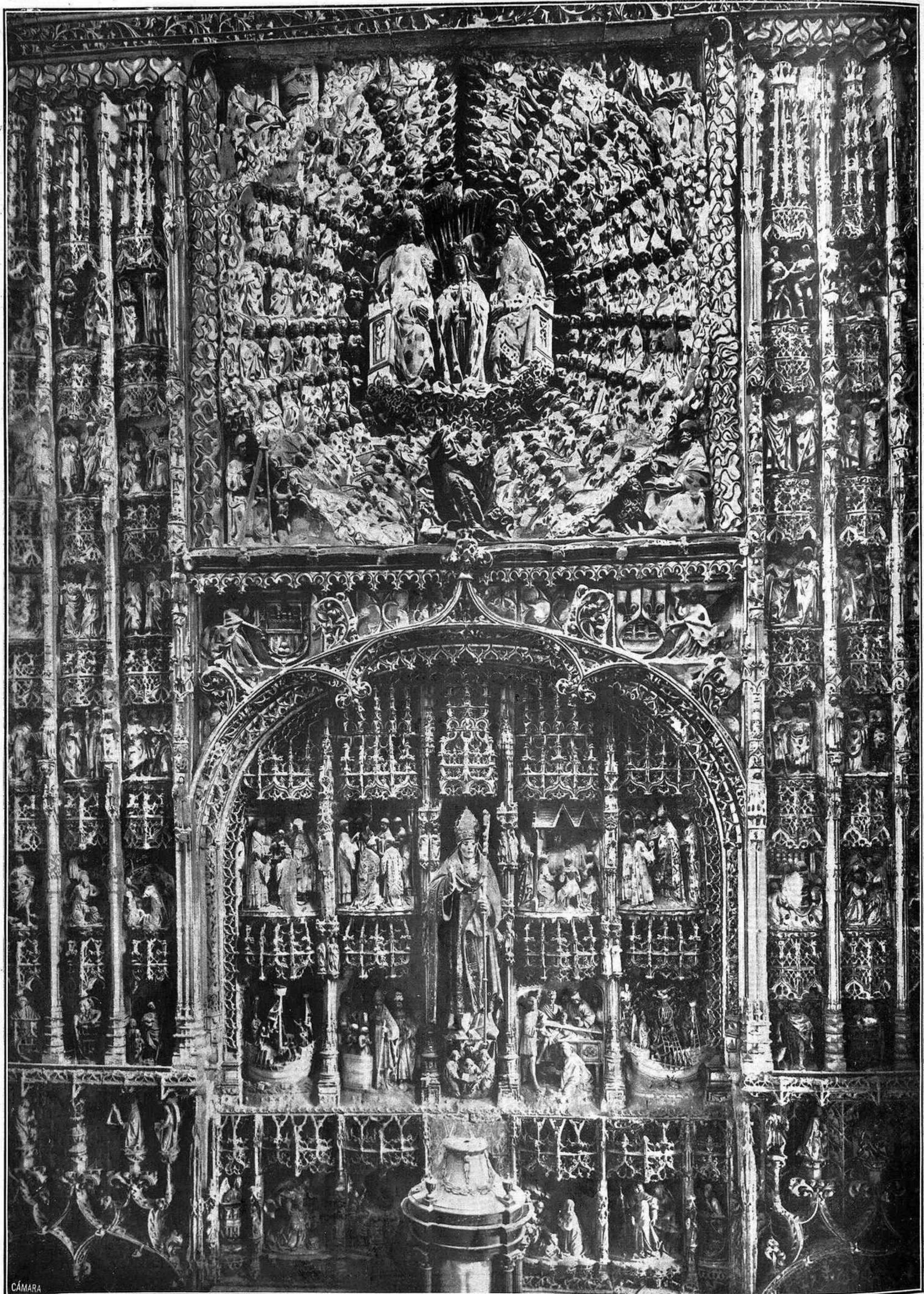
—En efecto; yo he sido siempre un solitario, enemigo de los cenáculos y de las tertulias literarias. Mi franqueza ruda me valió grandes odios. Manifestaba mi parecer sin ambages, y le decía las cuairo verdades al lucero del alba. Conocidas son mis disensiones con Zorrilla, á quien admiraba como poeta, pero á quien censuraba por sus pequeñeces de hombre. Por eso decía yo que «era un gran vate que tenía dentro un vulgar pupilero». De Bretón de los Herreros dije que «no tenía bastante talento para ser tan malo». Del general Cervino, que era aficionado á las musas, y á quien premió la Academia una oda pésima, escribí que «no le sería fácil rimar un himno á la victoria...» Mas estas y otras burlas no me llegaban dentro. No tenía animadversión á nadie. Fuí toda mi vida bueno como el pan... Pero, antes de que nos sepáremos, quiero referirle lo más notable de mi historia... Yo he sido «el único hombre que ha visto al diablo...» No te rías, ni creas que esto es una broma... Fué ello al anochecer, cerca del cementerio de San Nicolás, de la villa y corte. Volví yo de cierta aventura de amor, marchaba solo, entre las sombras, por la ronda de Atocha, cuando se me acercó un hombre alto, delgado, que se abrigaba, porque hacía frío, con un carrik gris. «—Aquí me tienes. Me has tentado muchas veces, me has invocado no pocas. Aquí estoy. Te traigo lo que necesitas, dinero. Lo vas á ganar á paletadas con el libro que voy á inspirarte.»—«¿Y quién es usted que, sin más ni más, me tutea?»—le pregunté. El me contestó:—«Soy el demonio». Me eché á reír. —«No lo dudes—añadió—. Vengo cuando me place á dar una vueltecita por el pícaro mundo, á aprender maldades, porque los hombres son peores que yo. Entre ellos me llamo el *Barón del Destierro*. Tú escribirás la obra en que ahora anda metido y te hará célebre y rico». De esta entrevista con el diablo nació *Luisa*, la novela que, poco después, empezaba á publicarse y que hizo popular el título nobiliario que había elegido mi poderoso interlocutor...»

Y así concluyó nuestra interviú con D. Manuel Fernández y González.

CLARO DE LA PLAZA



# LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



CÁMARA

Retablo tallado en piedra que existe en la iglesia de San Nicolás, de Burgos, y que es una maravilla artística FOT. VADILLO



## EL SOLAR DE LA RAZA

REINA por el mundo la concepción de una España indolente y supersticiosa, mecida por el murmullo de sus coplas y al son agrio de sus guitarras, más agarena que europea, dormida entre los cantos de sus novenas y los olés de las corridas de toros; en fin, una España tal como la cantó sombríamente Guerra Junqueiro en unas estrofas que ha traducido Marquina.

La música española, tan triste, tan evocadora, que, oída en el Extranjero, suscita en nosotros imágenes familiares, tan dolorosas, es un indicio de la española tristeza, que sólo supera en Europa la tristeza rusa...

Pero la tristeza de España puede tomarse en sentido irrisorio, como la han tomado extranjeros de mala fe... y aun nacionales extraviados en su juicio. Puede también considerarse como un producto de selección espiritual, como la flor de una raza firme que ha padecido mucho, que ha gozado mucho también, que tiene mujeres demasiado hermosas y cielo demasiado azul... He aquí el sentido ideal de la tristeza de Castilla madre, «que hace los omes é los gasta...»

Hoy es un extranjero de buena fe, casi compatriota nuestro—¿no siguen siendo hijos los desgarrados de la casa paterna y emancipados de la tutela del hogar?—, el argentino Manuel Gálvez quien toma la defensa de España frente a los exaltados *antiespañolistas* de allá, de allende los mares. Falta hacía que allá en aquella tierra, antaño tan enlazada a España, un Juvenal irritado fustigase con su látigo y castigase con su sátira a los renegados y espúreos hijos que allí se dedican a vituperar a la madre España.

Mas no se crea que su libro es una diatriba contra argentinos poco españolizantes, ni que gaste el tiempo en fáciles parrafadas contra ellos. Es simplemente una exposición serena de hechos y de teorías en que se desdeña, ó apenas se menciona de pasada a los hispanóforos, sin agraviarlos, solamente procurando sacarles de su error.

Sobre el elemento autónomo é indígena de América, ve el autor de *El solar de la raza* flotar y sobrenadar el elemento hispánico. «Y es que nosotros, á pesar de las aparentes diferencias, somos en el fondo españoles. Constituimos una forma especial de españoles, como éstos constituyen todavía, no obstante haber desaparecido el imperio romano, una forma especial de latinos. Dentro de la vasta alma española, cabe el alma argentina, con tanta razón como el alma castellana ó el alma andaluza.» (*El solar de la raza*, página 16.)

He aquí la síntesis del libro, en esas consoladoras y elocuentes frases. Un hijo de la Argentina, culto y educado, espíritu moderno, se siente afín y gemelo y congénere con los hijos de la vieja España, de la maltrecha España, de la vilipendiada España. A través del tiempo pasado, en la independencia, siente renacer en sí—acaso por misterioso influjo de la herencia psicológica—el alma de los recios españoles de antaño.

¿Hemos de negar nuestro derecho de ciudadanía á espíritu tan sincero y tan leal que, á tra-

vés de los mares, quiere abrazarnos y que dice heroica y orgullosamente: *Civis hispanus sum...* como nuestro antepasado el ciudadano de Roma decía con emoción: *Civis romanus sum?*

Sería crueldad de padre envanecido no abrir los brazos y matar el mejor recental del rebaño en honor del hijo pródigo que vuelve á la casa patriarcal... Mas dejando las ingenuas parábolas bíblicas, hemos de decir lisa y llanamente que D. Manuel Gálvez es un enamorado de España.

No por eso pretende escribir sólo para derramar fáciles lisonjas á españoles. Al contrario, á fin de que su obra tenga más eficacia, confiesa que es «un libro escrito casi únicamente para mis conciudadanos». Es un libro de propaganda argentina, y eso debe halagarnos más aun.

Su primer capítulo—*El espiritualismo español*—tiene atisbos verdaderamente felices y singulares, que nos deleitan como españoles. Algunas de sus observaciones son dignas de las que han hecho y perduran en nuestros tratadistas de psicología nacional, nuestros psicólogos populares, los más agudos, los más sagaces, un Ganivet, un Macías y Picavea, un Unamuno, un Costa.

Tal es aquel acierto que advertimos con emoción, cuando leemos que «todo místico ama á Castilla y que todo el que ama á Castilla es algo místico». (*Obra citada*, pág. 41). Al leer esta frase yo sentí en mí uno de esos impulsos de simpatía que se sienten cuando se habla á lo lejos telepáticamente, con un alma hermana... Tal frase es uno de esos pensamientos que yacen dormidos en el fondo de nuestro yo subconsciente y que hemos querido dar á luz mil veces, sin acertar nunca con la expresión adecuada... como en esos finales de pesadilla en que se quiere dar una voz y no sale...

Y razonando ese punto de vista el señor Gálvez, tiene atisbos inspirados. Desarrolla su concepto del misticismo ó del espiritualismo español y dice: «España es el país donde más se ha vivido en Dios y para Dios, lo que quiere decir: donde más se ha vivido espiritualmente.» (Página 26). «La espiritualidad de las iglesias, que se desprende de ellas, y no encuentra en el ambiente de los pueblos hostilidad, sino amor, es, pues, una de las causas que convierten á España, según mi juicio, en el más intenso foco de espiritualidad que existe en Europa.» (Página 29). «Es el concepto cristiano de la vida, concepto arraigado tenazmente en el espíritu español. Por eso España no puede ser comprendida por quienes miran la existencia como un esfuerzo y un placer.» (Pág. 43).

He aquí ciertamente el origen de muchas incomprendiones. Yo he entendido siempre que nos separaba del resto de Europa, no la barrera de los Pirineos, sino la barrera espiritual del concepto de la vida, de la ética y de la gramática de las cosas. Lo que los españoles sinceros llamamos serenamente idealismo, ciertos pueblos mercantilizados lo denominan burlescamente quijotismo. Eso es todo. «Las cualidades y

defectos españoles, son tan castizos, tan únicos, que los extranjeros necesitarían para comprenderlos llegar á sentir y á pensar como españoles, lo cual es casi imposible.» (Pág. 44).

*That is the question.* Por eso los extranjeros que mejor nos han comprendido han sido los que han llegado á la plena fusión, á la compenetración, á lo que llaman los estéticos alemanes *empfindung*, con nosotros. Tal, Maurice Barrés... ¡y qué pocos más!...

Frente al monroísmo hoy imperante en América, frente á ciertas corrientes de simpatía y acercamiento á la garra brutal del Norte, al monstruo que firma U. S. A., frente á cierta benévola acogida á Roosevelt, hecha en Buenos Aires (de que ha protestado en la revista *Mercurio*, con singular gracejo y energía, el culto escritor, también argentino, Soiza Reilly, que por cierto no tiene sangre española en las venas), frente á unas intempestivas y atropelladas declaraciones de cierta personalidad argentina, nada más confortador y oportuno que la interesante obra de D. Manuel Gálvez, *El solar de la raza*.

En ella nos estudia bajo nuestra psicología complicada y á la luz de nuestras maravillosas ciudades. Después del primer capítulo, dedicado al espiritualismo español, siguen las impresiones y emociones recogidas por el señor Gálvez en su viaje por España, y así nos habla de *La España castiza* (Tierras de Castilla, Segovia la Vieja, El dolor de Toledo, Salamanca, Mis horas de Sigüenza, Santillana del Mar, El misticismo de Avila), de *La España latina* (Barcelona), de *La España africana*, pero no en el sentido negativo que le daría un hispanóforo, y nos habla de *Las sombras de Tarik, Rondá, Granada* y *La Semana Santa de Sevilla*, y por fin, de *La España vascongada* y nos describe «Los pueblos vascos», «De Guernica á Ondárroa», «Roncesvalles» y «El país de Loyola».

En todo el libro se muestra sumamente enamorado de España el Sr. Gálvez, ya para mí estimado y conocido autor de una interesante crítica de arte sobre «Dario de Regoyos», el pintor vasco recién fallecido, á quien hicimos fraternales exequias en Bilbao (¡oh, tertulia romántica del *Lion d'Or*, oh, Pinedo irónico y Morlane romántico y Eguillor sagaz y Arteché mundano y Areiza mordaz!...)

Escribió también en sus primeros años el señor Gálvez un emocionante libro de versos, *El enigma interior*, donde pude apreciar una singular hermandad espiritual conmigo que me deleitó sobremanera... Yo era un emocionado adolescente...

*El solar de la raza* es libro que debemos comprar, leer y meditar todos los buenos españoles, que verán en él á su patria estudiada é interpretada con *intellecto de amore*... Y si los Gobiernos en España se preocupasen de algo más que de amaños electorales, también deberían enorgullecerse de este libro vibrante de un argentino tan español.

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

## LA FERIA DEL AMOR

El que esta lección aprende  
su amarga verdad no olvida:  
en la feria de la vida  
todo se compra y se vende.

La vida, cómica ó seria,  
brinda placer y dolor,  
y es mariposa el amor  
que vuela de feria en feria.

El sol, desde el firmamento,  
con el amor fraterniza  
y los campos fecundiza  
con el calor de su aliento.

No hay quien viva sin amores;  
todos su influjo reciben;  
porque amor da vida, viven  
pájaros, plantas y flores.

Como el amor es avaro,  
cuentas con él no hay quien salde:  
unos lo alcanzan de balde,  
otros lo compran muy caro.

Yo, que para amar nací,  
entregué mi corazón  
á cambio de una pasión  
bien funesta para mí.

Quien ama no siente el daño  
que puede causarle un beso;  
amor es niño travieso  
todo egoísmo y engaño.

Es el amor ilusión  
en que siempre pierde el hombre  
ya la fortuna, ya el nombre  
y á veces, el corazón.

Mas cuando arraiga el cariño  
que el pensamiento divierte,  
soñando el hombre no advierte  
que el amor le trueca en niño.

A esa edad, que es la mejor,  
nadie se para á saber  
que es el fin de un gran placer  
principio de un gran dolor.

Y en tanto que no se borre  
esa silueta engañosa,  
en pos de la mariposa  
de la feria, corre y corre.

Es cosa muy divertida  
ver de qué modo se exhiben  
tantos juguetes, que viven  
porque amor les da la vida.

Perturbada la razón  
del hombre, tarde á ver llega  
que es el juguete quien juega  
y manda en su corazón.

¿Por qué es el hombre tan niño,  
por no llamarle tan necio,  
que, sin fijarse en el precio,  
paga tan caro el cariño?

Aunque á mil juegos se presta,  
el amor es muy ingrato,  
y aun comprándolo barato,  
á veces... ¡qué caro cuesta!

En los dormidos amores,  
sólo el espíritu flota;  
en el árbol, cuando brota  
la fruta, se caen las flores.

Un cariño compré un día  
en la feria del amor,  
que tuvo todo el valor  
que le dió mi fantasía.

Y el tiempo me demostró  
que fué mi error infinito;  
era el juguete bonito,  
mas, ¡qué caro me costó!

Tened, hombres, en aprecio  
estas razones discretas,  
que la voz de los poetas  
sólo las desoye el necio.

GONZALO CANTÓ

NUESTRAS VISITAS  
**EL REVERENDO PADRE ZACARÍAS MARTÍNEZ**



El reverendo Padre Zacarías Martínez, de la Orden de los Agustinos, en su oratorio

ENTRE los buenos amigos míos, hay uno que tiene cautivada mi predilección. Es el Doctor Masip. No crean mis lectores que se trata de un hombre vulgar. Nada de eso; es mi amigo un hombre extraordinario, sensato y francote, con el trato lleno de simpatías, el corazón rebosante de ingenuidad, y el pasado de su vida errante, salpicado de raras y curiosas aventuras. Su deleite mayor consiste en referir estas aventuras y serle útil á un amigo. Sí, le gusta charlar y á mí me encanta oírle. Es fogoso, apasionado, culto, sumamente culto, y tiene el don de cautivar á quien le escucha. Si se intercala en sus peroraciones algún chiste, se indigna y pierde los estribos de la serenidad. ¡Excelente! ¡delicioso!, mi buen amigo, el Doctor Masip. Durante bastantes años pasados, fué catedrático de Fisiología de la Universidad de Manila. Buen almacén de aventuras le proporcionó esta accidentada etapa de su pasada vida.

Y una tarde de estas últimas, al llegar al periódico, le he preguntado:

—Dígame usted, doctor, ¿usted trata al Padre Zacarías?...

Al doctor le ha indignado la ingenuidad de mi pregunta.

—¡Pero, hombre!, ¡no faltaba!... ¿Que si conozco yo al Padre Zacarías?... En todas las órdenes reli-

giosas tengo buenos amigos y uno de ellos es el Padre Zacarías.

—¿Luego es usted amigo?...

—Como lo soy de usted. ¿Qué desea?

—Quiero hacerle una información...

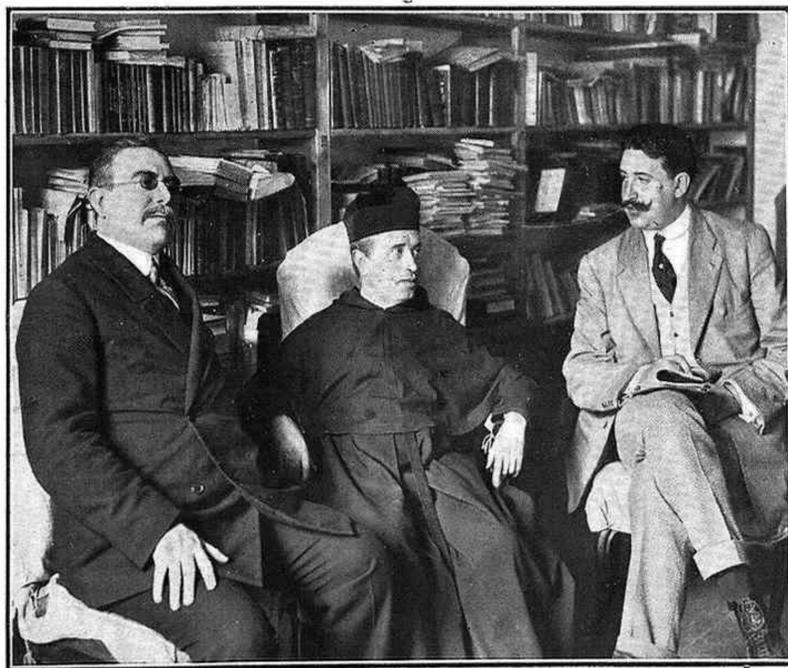
—Pues yo se lo diré... ¡no faltaba más! ¡Mañana mismo!...

Al día siguiente nuestro amigo, me dijo día y hora.

—Le espera á usted el miércoles á las doce... Yo también estaré allí.

Y á la mañana siguiente, Salazar y yo subimos á un coche y le dimos las señas: Valverde, 17.

Mientras que llegamos, Salazar me comunicó, transido de tristeza, que dentro de seis días «tomaría estado». ¡Horrible! No encontré suficientes palabras compasivas para confortar á mi compañero. Y rodeados de ese silencio trágico de las grandes desgracias, llegamos al Colegio de los Agustinos. Entramos en la iglesia, tropezando con los devotos, que salían animados por cierta unción sagrada. La iglesia es elegante y sencilla. El altar mayor se destaca en el fondo con la doble fila de luces que brillan inmóviles. Una devota anciana lanzaba á nuestro lado lastimeras exclamaciones de dolor: «¡Ay Dios mío!...» Por las altas y estrechas ventanas penetraban mortecinos rayos de luz difusa, que resbalaba hasta el púlpito. En los confesonarios, escondidos en los ángulos, se oía palpar un *cuchicheo* apagado. Cerca de nosotros pasó un clérigo. Le detuvimos.



El Padre Zacarías, en su biblioteca, hablando con el Dr. Masip y con "El Caballero Audaz"

—Tiene la bondad de decirme... ¿Para ver al Padre Zacarías?...  
—En el colegio le encontrará. Dos portales más abajo de la iglesia—nos contestó con voz apacible y llena de bondad.

Salimos. Nuevos fieles iban llenando la iglesia.

—Dídale lo que quiera, que está usted en «capilla» — musité al oído de Salazar, antes de traspasar la pesada cortina de la puerta.

La luz de la calle nos deslumbró. Penetramos en el colegio. No tuvimos que preguntar; á los cuatro pasos nos encontramos con el Doctor Masip, acompañado de un sacerdote.

Vinieron á nuestro encuentro: Masip, con los brazos abiertos; el sacerdote con las manos cruzadas y los ojos escudriñadores.

—¡Caramba! Ya creíamos que no venía usted, Caballero Audaz—gritó el doctor con su fuerte vozarrona.

—Son las doce y cuarto, querido amigo—protesté yo.

Y nos presentó al clérigo; era el R. P. Zacarías Martínez. Para saludarme, cogió su birreta ita-

El sabio agustino nos había precedido y subíamos por una escalera de cristal llena de alegría y limpieza.

—Toda la instalación—nos iba diciendo—, como ustedes ven, es modesta, pero está dentro de las más severas leyes de la higiene y salubridad. Aquí los niños tienen una azotea, donde hacen gimnasia sueca y juegan los sports beneficiosos para el buen desarrollo.

Uno tras de otro llegamos al piso tercero y á una gran rotonda, donde estaban preparadas las mesas para comer. Después atravesamos una habitación espaciosa, pero de techo bajo. En uno de los ángulos había un altar. En otro, un santo de barro con una paloma entre las manos. Las paredes estaban cubiertas de libros.

—Este es el despacho—nos indicó el Padre Zacarías.

Y, abriendo una puertecita pequeña, continuó diciendo:

—Y ya estamos en mis habitaciones.

Entramos tras él. Era un gabinete pequeño, donde no había más que santos y libros. Pendía de una pared un gran retrato al óleo de D. Mar-

que llevo publicados sobre *Estudios biológicos*. En la primera serie trato la ciencia y el libre pensamiento, *Fisiología celular, Antropología y transformismo*, donde hago una refutación de la doctrina de Darwin. La segunda serie la titulo *Estudios*, y la tercera, *Finalidad de la ciencia*.

—Y los beneficios de sus libros, ¿son para usted?

—No, señor—se apresuró á contestar—. A nosotros no nos está permitido tener ni manejar dinero. El producto de mis libros, como el de mis sermones, etc., ingresa en la Orden; ella atiende á nuestras necesidades.

—La iglesia, ¿está atendida sólo por agustinos?...

—Sólo por agustinos, aunque tenemos sacerdotes seculares que nos ayudan, porque son muchos los devotos que la visitan. Puede usted formarse una idea sabiendo que despachamos al año más de 120.000 comuniones y las mismas confesiones aproximadamente. Hay Padre que se pasa diez horas diarias en el confesonario.

—Y de política ¿qué opina usted, Padre?...—le pregunté...



El Padre Zacarías con algunos de los niños que se educan en la Residencia de los Padres Agustinos

FOTS. SALAZAR

liana con dos dedos y dejó al descubierto la cabeza abandonada de pelo. El Padre Zacarías es más bien bajo. Pasa por los cuarenta y seis años. Tiene las manos finas y frías. Su rostro no tiene nada de extraordinario; es vulgar, tal vez un poco basto por las coloraciones bermejas de la nariz, larga y mal hecha. Sus ojos sí tenían algo extraño. Pequeños, pero miran siempre con firmeza, elevando la retina hasta el párpado superior.

—Voy á tener el gusto de enseñar á ustedes el colegio. Luego, en mis habitaciones, charlaremos un rato. ¿No les parece?...

Asentimos. Y entonces él, buscando entre sus manteos la petaca, nos ofreció un cigarrillo.

Estábamos en una especie de *hall*, ...no todo alrededor de perchas y bancos.

—Este es el sitio donde esperan los criados y se visten los niños para marchar á sus casas.

—¿Cuánto tiempo hace que se fundó este colegio?—le pregunté.

—Tres años.

—¿Bajo la dirección de usted?...

—Sí, señor. Y bajo mi actividad sobre todo, que, en cuatro meses, conseguí que se edificara la iglesia y el colegio.

—¿Cuántos discípulos hay?...

—Ciento sesenta.

—¿Entre externos é internos?...

—Aquí todos son externos.

—¿Hay muchos profesores?...

—Doce profesores y el director y rector, que tengo la honra de serlo yo.

celino Menéndez-Delgado. Paredeña á esta habitación estaba la alcoba, sencilla y desordenada, pero confortable. Tomamos asiento en unos grandes sillones antiguos.

—¿Cuánto pagan los niños de este colegio, Padre?...—pregunté.

—Dos reales diarios y tienen derecho á la enseñanza que les corresponda.

—Dígame usted algo de su vida, Padre Zacarías—le dije aprovechando un instante de silencio.

El intentó rehusar modesto. Masip lo atajó campechano:

—Si no se lo dice usted, se lo voy á decir yo, con que usted verá lo que le conviene.

Rió bondadoso el eminente agustino.

—¿De dónde es usted, Padre?

—De la provincia de Burgos. Hice mis primeros estudios en Valladolid, terminando muy joven la carrera eclesiástica y después la de ciencias. Fué mi maestro de *Histología normal* el insigne Ramón y Cajal.

—¿Usted ha sido director del Real Colegio de Alfonso XII que la orden agustina tiene en el Escorial?...

—Sí, señor; creo que desde 1903 hasta el 1908, que fui nombrado Provincial de la Matritense, cargo que he desempeñado durante cuatro años.

—Usted, Padre, ha consagrado su actividad y su luminosa inteligencia á escribir sobre asuntos filosóficos relacionados con las ciencias naturales, ¿verdad?

—Preferentemente. No otra cosa son los libros

—Nos está prohibido á todas las órdenes hablar de política. Sin embargo, podemos dar nuestros consejos sobre ella y sobre asuntos sociales, si alguno de nuestros fieles nos lo pide. Esta tarde, sin ir más lejos, tengo una conferencia con una alta personalidad para darle mi consejo en relación con la política y la conciencia.

—Ese será Dato—dije.

—Más bien Sánchez Guerra—agregó el Doctor.

Sonrió el Padre Zacarías, y sin hacer caso de nuestra broma prosiguió:

—¡Todos son amigos, muy buenos amigos míos, y Maura también y Romanones! ¡Ya lo creo!

—Y con Maestre ¿hizo usted amistad, después de aquella célebre controversia en *A B C*?...

—No, señor, ni siquiera lo conozco.

Consulté el reloj. Eran las dos. Pensé que los demás agustinos estarían esperando al Director para yantar. Me puse en pie. Mi amigo Masip, colocóse en la coronilla su pequeño sombrero flexible, calóse las gafas de oro y cristal ahumado y requirió su cañita filipina.

—Ea, pues, vamos andando—dijo—que esta gente tiene que comer.

El sabio agustino, filósofo profundo, y experto naturalista, nos acompañó hasta el zaguán. Allí, varios niños vinieron corriendo á besar su mano.

En la calle comenzaba á llover.

EL CABALLERO AUDAZ

LA ESFERA

# LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA VIRGEN, EL NIÑO Y SAN JUAN

Tabla flamenca del siglo XV, existente en la sala de los primitivos del Museo del Prado



EL HUMORISMO FRANCÉS  
**SILUETAS DE CARICATURISTAS**



CAPIELLO

A semejanza de lo hecho en nuestro artículo *Los Salones de París* (1) esbozaremos algunas siluetas de caricaturistas con motivo de sus dos Exposiciones: *Dessinateurs Humoristes* y *Salon des Humoristes*. La caricatura francesa se encuentra en un admirable momento de madurez, semejante á los de la caricatura alemana é inglesa. Como también la caricatura española, aunque no tengan nuestros humoristas tan propicio el medio para demostrar su indiscutible importancia.

**WILLETTE** • En los cabellos blancos que aureolan la ancha frente de Adolfo Willette, está la representativa nobleza de su arte, todo blancura y desolación. Blanca nieve, blancos pierrots, lunas

redondas en el cielo gris. Sueña paisajes de niebla para la rosa de sus colombinas. Rara vez asoma en sus obras el puñal. Sus personajes mueren de frío ó de pena. Es nuestra alma contemporánea la que se agita dentro de las líneas de sus dibujos estremecidas como nervios enfermos. De este modo, jugando con el corazón de Pierrot, con la coquetería de Colombina ha hecho más por el ensueño y por la libertad que muchos poetas y revolucionarios juntos. Tiene á ratos la sensibilidad de un gran lírico y á veces el impulsivo zarpazo de un rebelde y siempre la sutil ironía de un filósofo.

Porque este gran artista—él mismo lo ha dicho—no dibuja para *les messieurs et les dames pour lesquels un journal illustré est un maintien au café ou chez le dentiste*.



LEANDRE

**STEINLEN**

Es, acaso, el más fuerte de todos. Es un valiente y cruel descubridor de todas las miserias. Un día, no sabemos si por tolstoiana misericordia ó si con fuerte desprecio nietzschiano entró á una senda sombría donde la humanidad se revuelve en la convulsión de todas sus hambres.

La obra de este admirable atormentador, tiene algo de patológica, de una patología espiritual capaz de ruborizar á la civilización contemporánea.

Sobre la firma de Steinlen pasan niñas harapientas con ojos asomados á la infamia, antes de tiempo, con cuerpos que llevan la herencia de todas las lacerias; pasan los obreros esqueléticos ó temblones por el alcohol; pasan los explotadores de multitudes. Por tales arrogancias de compasivo *despiadado*, su labor es como un cáustico. Porque al insultar al pueblo, al mostrarle su abyección y embrutecimiento, les señala las sendas de paz y las posibles cumbres de redención.



WILLETTE



SEM

tipático que un desnudo de vieja? Pues también en esto triunfa Abel Faivre. La mayor parte de sus viejas están desnudas y con capota. Y todas ellas engañadas respecto de la decadencia de sus encantos.

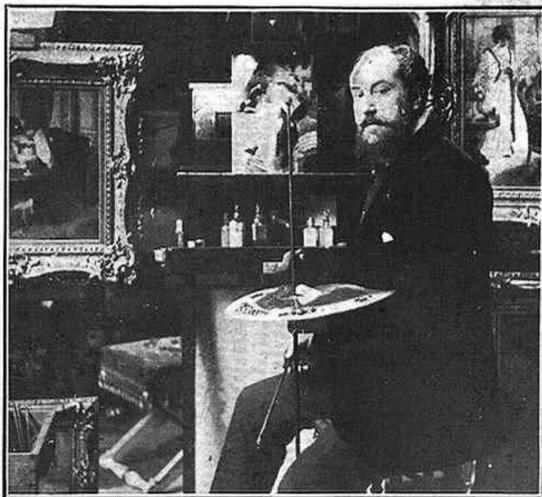
Y sin embargo, este hombre, que dibuja siempre seres grotescos, es además uno de los mejores retratistas de muchachas elegantes que hay en París.

**POULBOT** • Otro regocijado contemplador de la vida. Lo más característico de su arte son los dibujos de soldados ó de chicos.

Los chicos que dibuja Poulbot, son inconfundibles. Un poco escuálidos, con el «gallito» de pelos levantado en la coronilla, con los calcetines arrugados por demasiado grandes para las canillas

muy delgadas, con una precoz malicia en la boca y en los ojos. Tienen ese aspecto anémico y melancólico de las infancias que brotan de las grandes ciudades.

Y sin embargo, los chicos de Poulbot no causan lástima. Al contrario, son divertidos, jocosos á fuerza del ingenio con que hablan y por la picardía que rebosa de sus ojos pequeñines, de sus enormes zapaiones, de sus delantales hasta las corvas, y de ese modo especial y de hombrillos con que mueven las manos y dicen las mayores enormidades sin saber que las dicen.



GUILLAUME

**GUILLAUME** • Es inferior á los anteriores y, sin embargo, es tan popular como ellos. Tal vez más. ¿Por qué? Porque cultiva el dibujo elegante, adulator, los tonos agradables, los convencionalismos mundanos.

Frívolo, galante, desvergonzado casi siempre y cínico en muchas ocasiones, no pierde jamás su aspecto de buen tono y de malicia tan parisien.

Si no tuviera algún otro mérito—como el ingenio, por ejemplo—sería buscado como *documento elegante*. La historia de la moda en los últimos veinticinco años, está fielmente representada en los álbumes, en los almanaques, en los cuadros, en los dibujos de *Le Figaro* y *Le Rire*, que Guillaume prodiga á manos llenas sobre París. Sus mujeres no tienen corazón, pero visten admirablemente. Sus hombres son tontos, pero saben cual es el último deporte y cómo han de llevarse los chalecos y los sombreros en la próxima temporada.

Y con esto, con ser humorista para cocotas, *vieux marcheurs*, y provincianos que sueñan con París, se conforma Guillaume.



POULBOT



ABEL FAIVRE

**ABEL FAIVRE** • En el sentido bienhechor de la risa, pocos caricaturistas pueden igualarse á Abel Faivre. Es el más ingenioso, el más sano, el menos transcendental de los humoristas franceses. Todo ríe en él y nada escuece ni mortifica. Sus dos modelos favoritos para clavarles las cien saetas de su despiadada ironía, son los médicos y las viejas.

Sus médicos son siempre inhumanos para quienes el dolor ajeno sólo significa la gallina de los huevos de oro. Punzan, rajan, descuartizan el cuerpo de sus semejantes y lo purgan, lo emplastan, lo zambullen en aguas pestíferas y humeantes. Los enfermos de estos médicos no se curan jamás y esto es lo que le regocija á Abel Faivre.

En cuanto á sus viejas también son inconfundibles. Se enamoran, se recomponen, se creen niñas y adoptan ademanes de una graciosa ridiculidad. ¿Concebís nada más an-

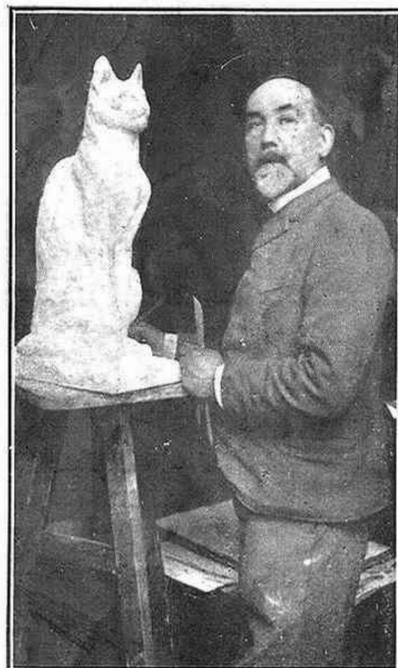
**LEANDRE, SEM, CA-**

**PIELLO** • El mundo de la pornicación, el mundo de la farándula. He aquí los tres aspectos de estos tres caricaturistas.

Leandre es un incomparable retratista humorístico. Las figuras célebres adquieren al ser reflejadas por Leandre un cómico aspecto de seres que se contemplan en espejos cóncavos ó convexos.

Sem, en cambio, es el caricaturista de las gentes poderosas. Sus campos de observación son el *Grand Prix*, las *premieres* de los grandes teatros, el *Bois, Maxim's* y el *Bois*.

Finalmente Capiello, antes de renovar el arte del cartel en un sentido de agresivas y audaces combinaciones coloristas, ha sido y sigue siendo el caricaturista de los comediantes. Algo á la manera de nuestro Fresno, aunque—séanos permitido este orgullo nacional—inferior en ese aspecto de su arte al dibujante español.



STEINLEN

(1) Véase el núm. 18 de LA ESFERA.

# BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



H. Doce.

**SRTA. ANA MARIA ELIO**

Esta encantadora señorita, emparentada con los marqueses de Casa-Torres y los vizcondes de Val de Erro, suele pasar en Madrid largas temporadas, brillando por su elegancia y su belleza en las aristocráticas fiestas que en las casas de éstos se celebran

POT. FRANZEN



## LAS GRANDES CRISIS DE LA NATURALEZA



Fotografía de un rayo obtenida en Montevideo por el notable maestro compositor D. Prudencio Muñoz

CUANDO en el inmenso escenario atmosférico se entabla la lucha entre los elementos meteorológicos, toda imitación de esa lucha en los laboratorios resulta, por contraste, ridícula niñería: de tal modo subyuga el ánimo la grandiosidad de aquélla.

Cosa de juguete parece la chispa eléctrica que los mayores carretes de Ruhmkorff pueden producir, comparadas con los rayos que incendian el cielo en una extensión de 10 y aun 15 kilómetros, que ciegan con su brillo, ensordecen á quien oye el trueno subsiguiente.

¿Y de dónde se alimenta la fuente que tan enorme cantidad de energía puede acumular en las nubes?

Supusieron algunos físicos que la Tierra ha tenido siempre una cantidad de electricidad, la cual, instalada en un cuerpo conductor, como nuestro mundo, se halla de preferencia en su superficie, lo mismo que ocurre con los cables conductores de corriente. Mas siendo esto cierto, ya se hubiera perdido, en el transcurso del tiempo, dicha carga eléctrica, por radiación y por contacto, hacia las capas altas de la atmósfera.

Bien puede ser la constante evaporación de las aguas, en mares, ríos y lagos, la fuente eléctrica que alimenta la atmósfera, porque en la evaporación se produce electricidad.

Mas parece que es otro el venero de electricidad atmosférica más abundante.

Al precipitarse el agua de un arroyo por una cascada, es un hecho probado hasta la saciedad que las gotitas en que el agua se fracciona, quedan electrizadas con carga positiva, y el aire circundante con electricidad negativa.

Y como la formación de las nubes no es otra cosa que la resolución en gotas pequeñísimas del vapor de agua que de modo invisible está mezclado con el aire, de aquí que esta generación de la carga eléctrica parezca la más natural.

Además, al juntarse dos gotas de agua electrizadas, es claro que se duplica la cantidad de electricidad para la gota resultante; pero como la superficie de una gota mayor no es doble que la de cada una de las gotitas que la originaron, sino solo una de ochos partes de la primitiva, y en esa más reducida agua tiene que asentarse la carga doble, su tensión crece, ya que se acumula en menor espacio. Este aumento, integrándose en millones de billones de gotitas, puede explicar la enorme, la colosal tensión eléctrica que existe en las nubes tempestuosas, y que se hace patente con la descarga ó rayo.

Esta descarga, cual lo demuestra de modo espléndido el magnífico fotografiado que acompaña á esta líneas, no es única. De ordinario co-

mienza por recomponerse ó descargarse la electricidad que se halla en la periferia de la nube, y roto el equilibrio eléctrico por esta primera descarga, siguen otras hasta que la resistencia del aire pone coto al derrumbamiento del edificio eléctrico.

Las ramas de descarga son varias y el fenómeno es casi siempre instantáneo, pues experiencias delicadas prueban que su duración total no pasa de una milésima de segundo.

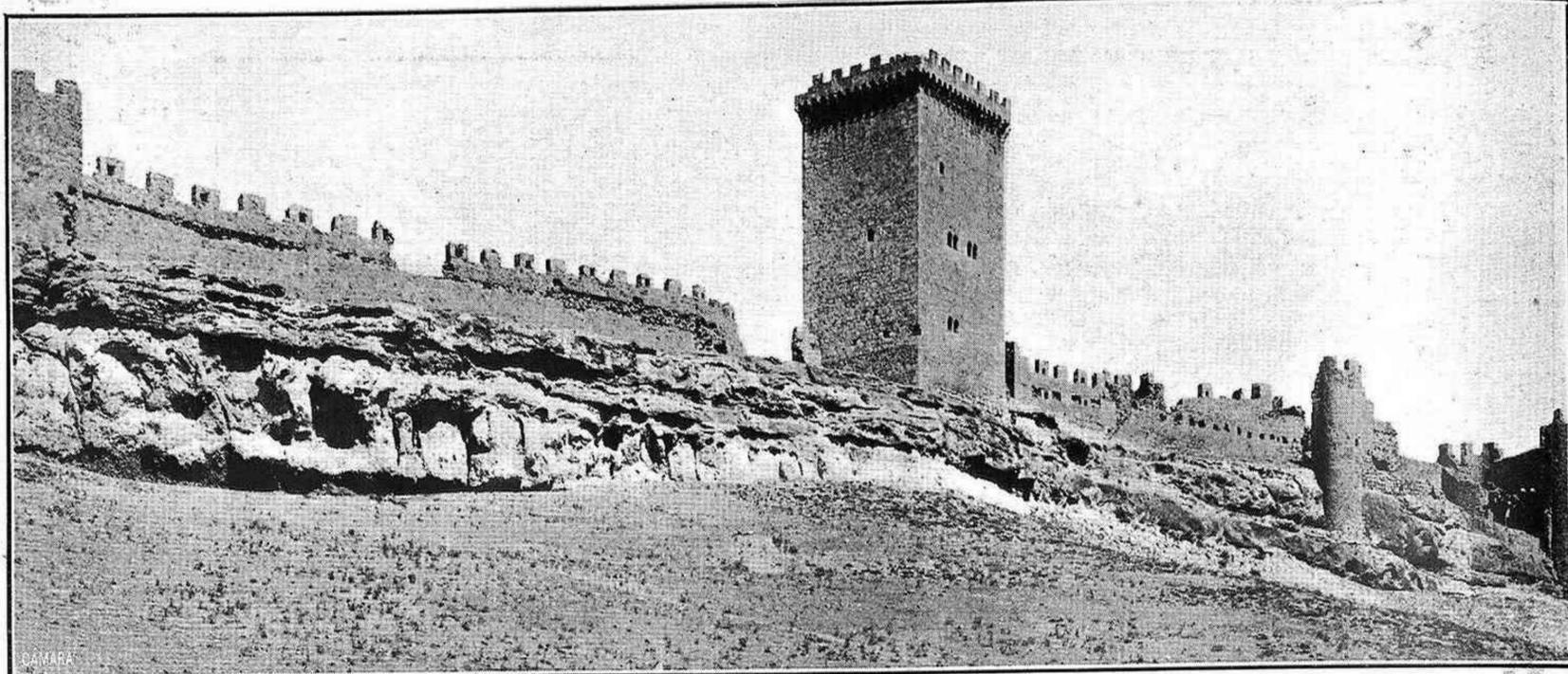
La intensidad de la corriente que la chispa eléctrica atmosférica origina, oscila entre 10.000 y 20.000 amperios.

También algunos rayos singulares, los ultra violados, los rayos X, los radio activos ó de Bequerel, que á las capas superiores de las nubes llegan con la luz solar, pueden contribuir á la producción de la enorme carga eléctrica que se manifiesta con brillo deslumbrador en el rayo y que suena horrisona en el tableteo del trueno.

Y como este sonido corre á razón de 333 metros por segundo, basta contar el número de éstos trascurridos desde el relámpago hasta que se oye el trueno, para conocer la distancia de nosotros á que se ha producido la descarga.

Así también se ha medido, por diferencia de tiempo en la llegada de los sonidos extremos, la enorme extensión que á veces alcanza la chispa eléctrica.—RIGEL

ESPAÑA MONUMENTAL  
EL PALACIO DE LOS AVELLANEDA



Vista general del castillo de Peñaranda de Duero

**H**ONOR de villas castellanas es esta Peñaranda de Duero, en que todo trasciende á hidalgas historias y donde resurgen en recios relieves, gastados por la ignorancia ó el descuido, los capítulos de la vieja crónica nacional. Quedan en su trazado la huella insegura de un lápiz pretérito y en los aposentos de sus palacios, convertidos en trojes ó cochiqueras, sombras de rancia antigüedad y en sus muros sellados con duros troqueles de piedra, algo de la terquedad calleresca de aquellos hombres de raro temple y altiva condición; caballeros que cuelgan todavía, del hombro de nuestros apasionados arranques, sus capas bermejas, y ponen sobre nuestros pensamientos cosmopolitas el altivo airón de sus grandezas españolas. Peñaranda es un pueblo típico, de vetustos caserones que no parecen definitivamente abandonados por sus poseedores: un vargueño, en que el conde su señor se dejó colgadas las llaves, algo que pueblan todavía las almas de los pecheros y de los nobles, porque así como las ciudades nuevas ahuyentan á las almas, las ciudades viejas, que aún no han visto mezclarse el dorado polvo de sus ruinas al polvo de sus caminos y veredas, atraen á los venerables espíritus que las crearon. Peñaranda es un país de poetas, que pide canciones en romances para sus glorias ajadas; una población en que lo extraño son sus moradores, que en ella parecen forasteros, gentes recién llegadas de otros lugares, en ausencia de los viejos hidalgos, que les han permitido, con pródiga liberalidad, aposentarse en sus palacios.

Circúyela una muralla, ó restos de ella, en buen estado por la parte del Sur y por la del Oeste casi intacta, con sus cubos y torreones y sus espesos muros de granito desportillados á trechos y ruinosos en el espacio que ocupaban las puertas.

Los Sres. Ramiro y Arranz, naturales de Peñaranda, me suministraron los datos que había menester para la somera descripción del palacio cuyo título encabeza estas líneas, siendo del primero las siguientes líneas:

«Respecto al castillo, nos refiere la tradición que, en ocasión de hallarse labrando la tierra algunos campesinos, río abajo, y como á más de un cuarto de legua del poblado, vieron que una perrita, que iba y venía por la ribera, desaparecía de pronto por un hueco que había á flor de las aguas del Duero, repitiéndose esta aparición y huidas en los días siguientes, viniéndose en conocimiento de que allí empezaba una mina ó subterráneo que comunicaba con la mansión feudal, des-

cubriéndose entonces que en el mencionado castillo habitaban moriscos, y que, para seguir sus costumbres y religión, se ocultaban allí, saliendo disfrazados por la orilla del río para proveer á su sustento, viniendo, sin duda, de este incidente el hecho de que los pueblos comarcanos—detalle que no es de todos sabido—conozcan á Peñaranda con el sobrenombre de *Peñaranda la perra*.

Frente á la puerta del Sur, y en la calle de la Cava, existe, jalón de la barbarie antigua, un rollo ó picota, el *pillón* de los franceses, que aun se conserva en buen estado.»

Posee Peñaranda una magnífica iglesia, que fué Colegiata, sostenida económicamente por la piadosa ayuda de sus condes, y que tuvo su cabildo, con todas sus dignidades y beneficios, y abad mitrado con jurisdicción propia. Esta iglesia, una de las cosas bellas desconocidas en Es-

paña, es de tan atrevida arquitectura, que llama poderosamente la atención de los que la ven, por el contraste que ofrecen su enorme altura y su débil sustentamiento, sobre todo en el crucero, en que la inmensa mole, de una anchura y elevación extraordinarias, se apoya solamente sobre cuatro arcos, tan ligeros como sus bases. En el frontis se lee la siguiente inscripción:

«*Excmo. Sr. Antonio López de Zúñiga, Conde de Miranda, Duque de Peñaranda, concluyó y perfeccionó esta obra; año 1732. Costó 2.219.000 reales.*»

En el presbiterio de dicha Iglesia y en el muro al lado del Evangelio, hay una lápida de mármol negro que dice:

«*Detrás de esta lápida está el corazón del Excmo. Sr. D. Cipriano Portocarrero y Palafox, Conde del Montijo y de Miranda, Duque de Peñaranda, etc., etc., cuatro veces grande de España de primera clase. Falleció el 15 de Marzo de 1839. R. I. P.*»

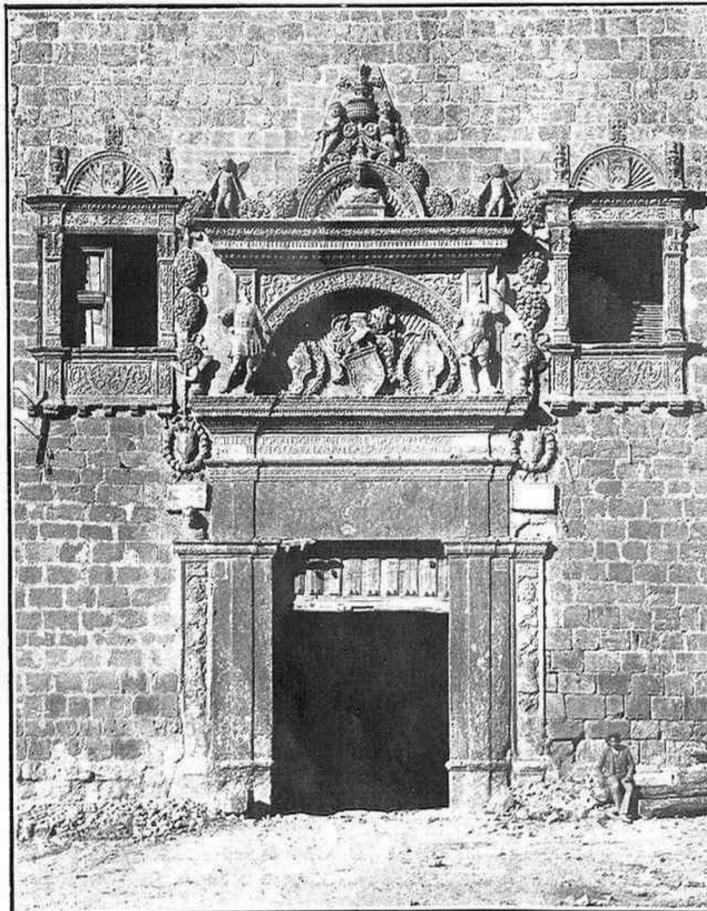
El nombre que aparece en el anterior epitafio era el del padre de la que fué emperatriz Eugenia, cuya gloria sucumbió con los cañonazos de Sedán, entre la voráfine que se tragó al segundo imperio Francés. El Conde del Montijo dejó dispuesto, que su cuerpo fuera trasladado á la Colegiata de Peñaranda, pero ignórase por qué motivo, en vez del cuerpo que no llegó, sólo tuvo la merced del enterramiento el corazón del mencionado prócer.

En cuanto al palacio de los Avellaneda cuyas magníficas yeserías y artesanados producen muy explicable admiración, teniendo en cuenta su riqueza artística, sólo data, según dicen, del siglo xv ó principios del xvi, viéndose en la sumptuosa portada, la siguiente inscripción:

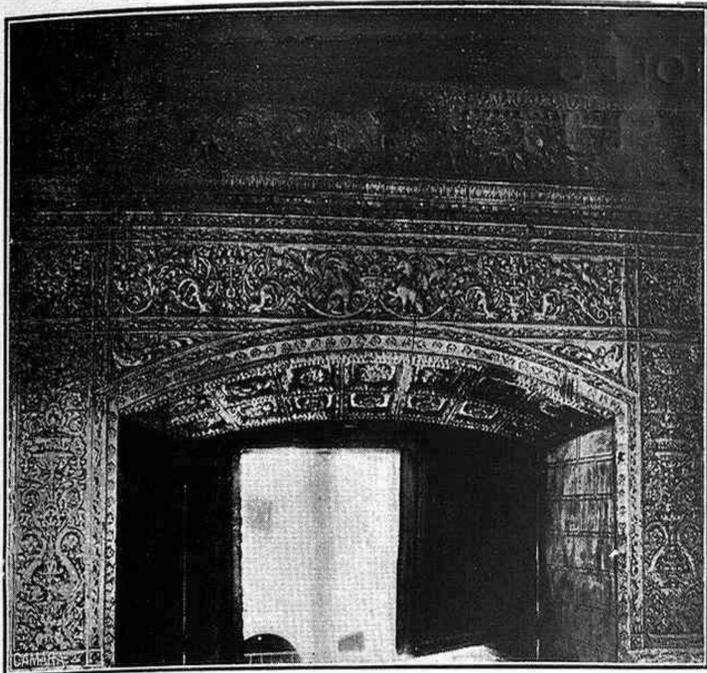
«*Este edificio mandó hacer el ilustre señor D. Francisco de Zúñiga de Avellaneda, tercer Conde de Miranda, señor de la casa de Avellaneda.*»

El palacio que primeramente habitaron los Avellaneda fué el que es hoy convento de religiosas Carmelitas, y que los señores de Peñaranda cedieron á la comunidad en gracia de haber sido la fundadora una hija suya, ordenándose entonces la construcción del palacio moderno, y cediéndose el antiguo á las religiosas en el año de 1608.

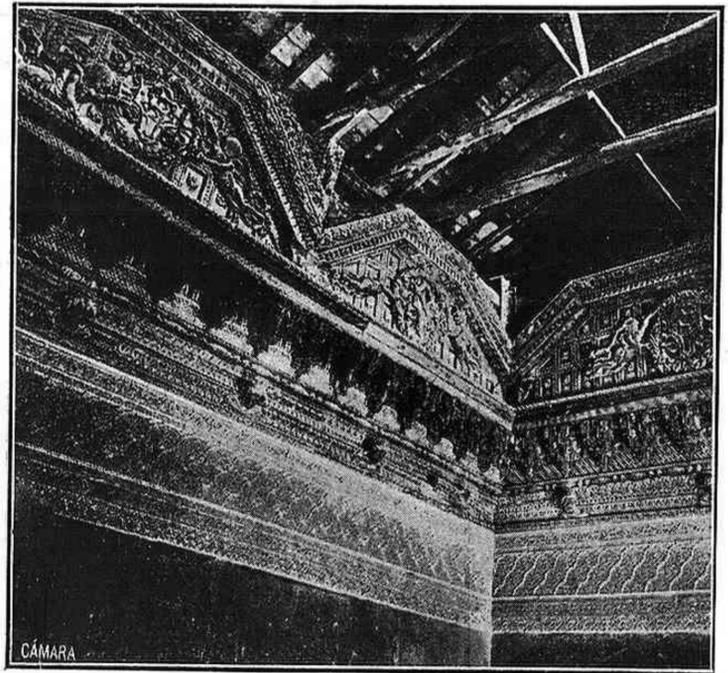
Salvo su gran valor artístico no guarda este palacio ninguna tradición memorable ni tenebrosa. Cuatro fachadas regulares, con el frente á la plaza y á la iglesia, que ya se menciona; un hermoso patio, con arcos primorosos y esbeltas



Puerta principal del palacio de los Avellaneda en Peñaranda de Duero



Yeserías de la puerta del salón principal en el palacio de los Avellaneda



Yeserías del hueco de la escalera principal en el palacio de los Avellaneda

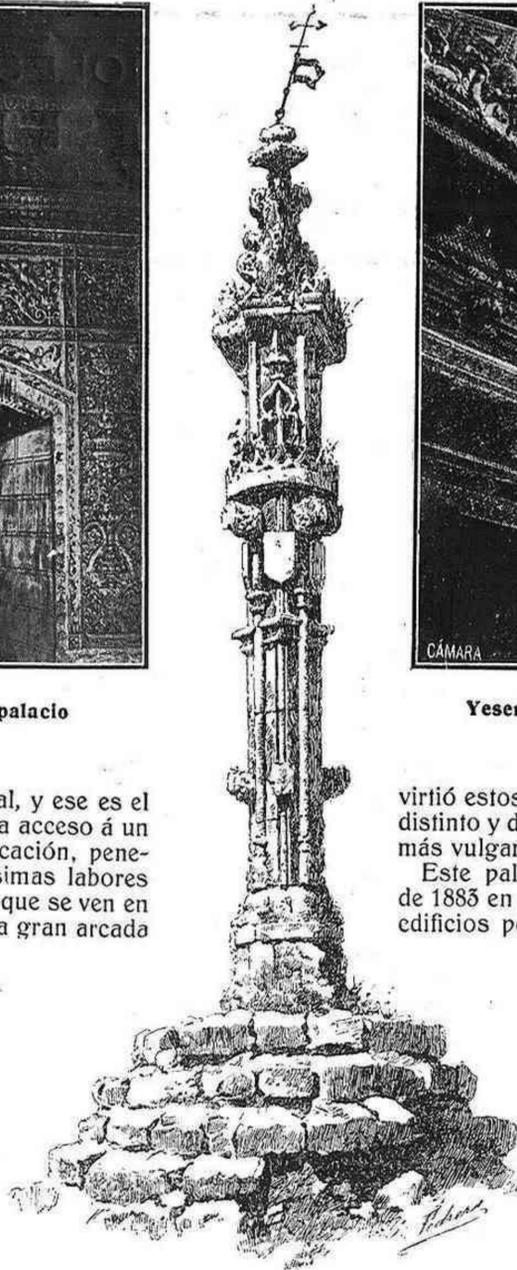
columnas que soportan la planta baja y la principal, y ese es el conjunto y algo del detalle. La entrada principal, da acceso á un zaguán señorial, como conviene á semejante edificación, penetrándose en una galería por una portada de bellísimas labores y alicatados de piedra de jaspe, lo mismo que los que se ven en la puerta central, llegándose por la derecha á otra gran arcada donde comienza la escalera principal ancha y majestuosa, como las piedras de sus barandales y con un soberbio artesonado á toda altura.

Dicha escalera acaba en la galería de la planta alta que da acceso á diversas habitaciones y salas grandiosas con entradas artísticas, descolando ante todo, el llamado salón de Embajadores, de un valor artístico imponderable, á pesar del estado de censurable deterioro en que se encuentra, destacándose, entre los mil preciosos trabajos las yeserías de sus chimeneas, y el minucioso cincelado de la tribuna en que los Condes aparecían para recibir las visitas ó embajadas de otros señores ó magnates. El tiempo, gran burlador de las vanidades de la vida, con-

virtió estos preciosos restos de la antigua edad, en algo muy distinto y destinado á los más opuestos usos y finalidades de las más vulgares.

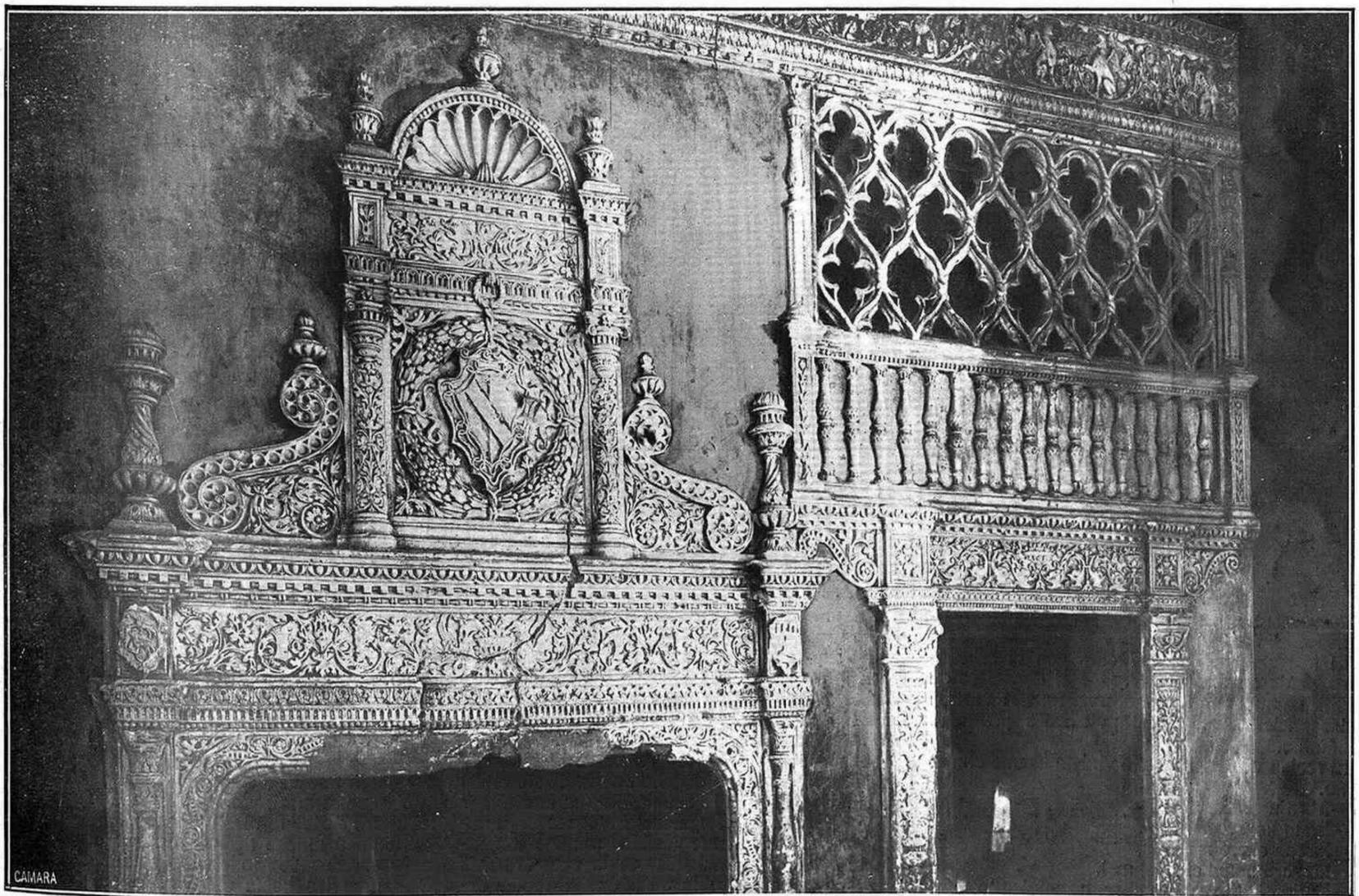
Este palacio que poseyó la casa de Montijo hasta el año de 1885 en que la enagenó á un particular, debía figurar entre los edificios pertenecientes al Estado, por su valor artístico y su traza histórica.

Así, convertidas sus salas en graneros y destinadas á los cerdos sus galerías, irá desmoronándose poco á poco, hasta que sus venerandas labores vayan á unirse con los escudos de armas que sirven á los arrapiezos de la villa para ir destrozando con sus juegos heráldicas leyendas y gloriosos cuarteles que en lejanas fechas coronaron aquellas treinta casas de nobleza, llamadas de Hidalgos, de los Grijalbas, los Tamayos, los Flores Calderón, Rones Vélez y tantos otros que merecieron para sus nombres un puesto ó una cita en la Historia.



Rollo ó Picota de Peñaranda de Duero

UN CASTELLANO VIEJO



Detalles de una chimenea y de una puerta del palacio de los Avellaneda

FOTS. VADILLO

## CUENTOS ESPAÑOLES

## LA JETATURA

La calle provinciana estaba llena de sol, hornagada por aquel calor seco, polvoriento, pastoso, del medio día, bajo el cielo de un azul tan intenso, tan brillante que parecía una chapa de acero caliente tendida sobre la ciudad.

Estaban cerradas las puertas, entornadas las ventanas, que dejaban entrever las amplias cortinas de lona morena, estremecidas, á veces, por el movimiento nervioso de la mano que las retiraba al oír los pasos de tal cual raro transeunte. Tenían algo de los espiones de Bélgica y de los ajimeces moriscos, mezcla de recato y de espionaje, que hacía presentir detrás de cada una dos traviesos ojos de andaluza, parleros y curiosos. Me detuve un instante á contemplar el aspecto de la ciudad adormecida en aquella siesta febril, y vi aparecer, al extremo de la calle, la silueta de un hombre alto, al que hacía más alto aun la luz vivísima de aquel sol amarillo, que prolongaba su sombra sobre la reseca tierra. Al mismo tiempo, una muchacha chancletosa y mal vestida, con la cabeza artísticamente peinada, cubierta de blancas biznagas, de rostro moreno y mejillas tumefactas, con ese rojo vivo y opaco de sangre cuajada, salió cantando de la casa próxima, moviendo airosamente la regadera, que describía arabescos caprichosos, con sus mil hilitos de agua en la reseca acera, de la cual subía el polvillo acre y picante de la lluvia.

De pronto, en una de sus vueltas, la muchacha miró al hombre que se acercaba. La vi palidecer, vacilar, como sobrecogida de un súbito temor y, por fin, arrojar al suelo la regadera y huir á encerrarse en la casa con un estrepitoso portazo.

El hombre, indiferente, entró en el correo; pero antes de que se acercase al despacho de certificados, el empleado, con muestras de temor y desconcierto, miró el reloj y cerró de pronto la ventanilla.

El recién venido la batió violentamente con el puño.

—Abra usted.

—Es la hora.

—Faltan cinco minutos.

—Llevará usted el reloj mal.

—Bueno—dijo el hombre, transigiendo con cierta filosófica resignación;—volveré mañana el primero.



Como si aquellas palabras envolviesen una amenaza, el empleado se apresuró á responder:

—No, no, espere... Ahora es mejor... por la mañana, á primera hora, no... ¿Por qué se molesta usted en venir, D. Juan? Bastaría que enviase un muchacho.

Y mientras apresuradamente extendía el recibo, que entregó sin mirar á D. Juan, observé que, su mano izquierda, oprimía con fuerza un manojo de llaves. Recordé que, entre las miles supersticiones andaluzas, está la de coger un pedazo de hierro para evitar el mal de ojo. Sin duda se trataba de un caso de jetatura.

Un momento después, yo había olvidado la extraña escena; pero aquella noche, á la hora del paseo, en medio de la animación que hacía vivir á la vieja ciudad, vi aparecer la figura del hombre alto, correctamente vestido, con una elegancia sencilla é irreprochable, en la que no había nada capaz de llamar la atención. No podía explicarme el revuelo que produjo su presencia.

Las muchachitas paseaban en grupos, cogidas

del brazo, luciendo alegres trajes claros, recargados, con ese lujo provinciano, que no tiene salones donde lucir las *toilettes* y se ve obligado á vestir sin recato el traje de baile y el *teagown* á pie por medio de la calle. Las casas conventuales se habían abierto para aquella expansión veraniega diaria, y charlaban y reían alegremente, quizás demasiado alto y con demasiada teatralidad, con esa teatralidad de las mujeres que se sienten observadas, y con una especie de grata satisfacción de verse escoltadas por los jóvenes, que les daban su guardia de amor, lejos de las mamás, que las esperaban tomando sus clásicos refrescos de horchata, sentadas á lo largo del paseo, en sendas butacas de mimbre, ante las mesillas que sacaban de los cafés cercanos. Entre ellas estaban las jóvenes casaditas, que ya por serlo, no podían alternar con las muchachas y tomaban su parte de aburrimiento con el carácter de señoras formales.

Toda la atmósfera tenía algo de alegría, de melancolía, de ritmo y de pesantez á un tiempo mismo. Se respiraba Andalucía en aquella brisa marina, algo polvorienta y algo saturada de madre selva, magnolias y jazmines, bajo un cielo tan claro, con estrellas tan parpadeantes que dominaban la luminosidad de los focos eléctricos.

Y la presencia de D. Juan bastó á destruir toda la armonía. Las muchachas huyeron semejantes á una bandada de pájaros asustados, y los jóvenes las siguieron apresuradamente, como si se tratase de un peligro que no podían enfrentar. Observé que ellos sacaban manojitos de llaves del bolsillo y las ofrecían á sus compañeras.

Don Juan atravesó sin inmutarse, siempre solo y silencioso, y entró en el casino. Al cruzar la acera, un grupo de gente del pueblo prorrumpió en invectivas.

—Ahí va el *mala sombra*.

—Dios lo confunda.

—Algo nos va á suceder.

Y entre atemorizados y hostiles, se agarraban al hierro de los faroles cercanos.

No pasó mucho tiempo sin que empezaran á salir apresurados todos los socios del casino. Don Juan les había estropeado su partida de juego.

Me interesó tanto el asunto que, todos los de-

más días, me dediqué á inquirir datos sobre aquel hombre. Le veía siempre tranquilo, con una indiferencia algo triste y algo satisfecha, como si tuviese el convencimiento de llevar en sí mismo el germen de su venganza ó como si se resignara á sufrir un castigo.

Era un espectáculo triste y repugnante de superstición, el de todo un pueblo acosando á aquel hombre. Me quise explicar como efecto de aquella persecución el aire sombrío que parecía rodearle, algo de siniestro, de atemorizante, á lo que yo misma no podía sustraerme.

Se le acosaba, se le acorralaba como á una fiera; sólo el nombrarlo hacía palidecer á las señoras, que se apresuraban á tocar un pedazo de hierro para preservarse de la influencia nefasta.

—¿Pero es posible—dije un día en la tertulia de una amiga, donde se reunía la mejor sociedad de la provincia—que se pueda llevar á tal punto la superstición, no sólo contra ese buen señor (me guardé bien de pronunciar su nombre, temerosa de la protesta) sino contra su esposa y sus hijas, las cuales viven aisladas y hasta perseguidas?

—No es superstición—me contestó, muy seria, la dueña de la casa;—está probada su influencia.

—Yo lo ví la mañana que murió mi hermanito—dijo una señorita;—estaba bueno y sano, se asomó conmigo á la ventana, lo miró y á la noche estaba de cuerpo presente.

—Y yo lo encontré el día que mi esposo cayó del caballo y se rompió la pierna—añadió otra señora.

—Pero adviertan ustedes—me atreví á objetar—que es muy fácil ver á una persona en un círculo tan reducido y que no siempre que la ven hay que lamentar una desgracia.

Mi incredulidad exasperó al auditorio y todos á porfía me contaban hechos terroríficos.

Don Juan iba á ser la ruina de los propietarios de las casas cercanas á la suya. Me iban haciendo la relación de los sucesos ocurridos en todas ellas. Los de la derecha se habían arruinado; los

de la izquierda se divorciaron después de grandes escándalos; en la casa de enfrente había muerto toda la familia; en la de más allá se había puesto física la hija mayor; el vecino de la esquina se había quedado paralítico, y al de la espalda, que lindaba con el jardín, le habían tenido que cortar un brazo.

Se contaba que una vez que había ido D. Juan á visitar un trasatlántico, y dejó olvidado el bastón, ocurrió el naufragio del barco, sin salvarse nadie de la tripulación.

El miedo se había traducido en odio, en repulsión. No se les invitaba á nada, no se le recibía en ninguna parte. Su presencia en el teatro era acogida con murmullos de descontento y todos veían la función sin abandonar el amuleto. Si entraba en el casino los socios empezaban á desfilarse inmediatamente. Si se aproximaba á la mesa de juego lo dejaban sólo con el banquero; una señora aseguró haber tenido un cólico una noche que pasó cerca de ella, y otra que padeció dolores reumáticos por haber estado en un palco próximo al suyo, y precisamente del lado que él se encontraba. La superstición llegaba á tal punto que no se le recibía á bordo de ningún barco y los cocheros se negaban á conducirlo en sus vehículos.

—¿Pero este hombre por qué no se marcha de aquí?—me pregunté asustada de aquella atroz persecución.

—Es lo que debía hacer—me respondió un caballero que había escuchado el comentario.—Se le ha creado una situación insostenible; ahora el pueblo empieza á enterarse, le gritan y le maldicen á distancia; si no le han agredido ya es por el miedo que tienen de acercarse.

—Pero son ustedes—le dije—los que deben destruir ese absurdo; los que son responsables de lo que pueda ocurrir. La mayor parte de los crímenes en Andalucía tienen lugar á consecuencia del fanatismo: mujeres que dan filtros amatorios, enfermos que beben sangre de niño asesinado para curarse una enfermedad crónica. Todo esto hay que combatirlo. Me he indignado

á veces cuando en la prensa, al dar cuenta del crimen, se ha hecho notar que el remedio había surtido efecto.

—Todo eso es verdad—me respondió mi interlocutor;—pero, amiga mía, *los sentimientos se sienten*, no se razonan. Yo, que pienso igual que usted, no puedo menos de echar por otro lado cuando me encuentro á D. Juan en la calle, pero no juzgue usted á nuestra ciudad demasiado severamente. Yo creo que no es un sentimiento supersticioso, sino de repulsión el que ha creado este estado justiciero de la vindicta pública.

—¡Cómo!

—Sí, ese hombre, al que usted compadece, y yo también, ha abusado del sagrado de su ministerio, para cometer un abuso de confianza; que si la ley no califica de crimen lo califica la conciencia.

Le rogué que me explicara el enigma, y entonces, con voz opaca, solemne, emocionada, se expresó con breves palabras:

—Don Juan es abogado, amiga mía; no hace muchos años tuvo que intervenir, como acusador, en una causa de asesinato. No había pruebas bastantes para condenar á la última pena á los reos; aunque sí las suficientes para que el delito no quedase impune. D. Juan sorprendió la buena fe de aquellos miserables, fingiéndose su abogado defensor y obtuvo una confesión plena, de horribles detalles, que reveló en su informe... y el cadalso se alzó en nuestro suelo para una familia entera... La reprobación general ha castigado á ese hombre, creando la superstición de que le hace víctima.

Un enorme silencio siguió á las últimas palabras; estábamos todos impresionados, pálidos, descontentos; la sombría evocación de la traición y del cadalso habían hecho pasar sobre nosotros el soplo misterioso de una verdadera y terrible jefatura...

CARMEN DE BURGOS

(Colombine)

DIBUJOS DE IZQUIERDO DURAN



Y. DURAN



CÁMARA

CURIOSO PANTEÓN DE GUERREROS CÉLEBRES EN ARAUCANIA (CHILE), ÚLTIMO RESTO DEL PODERIO DEL PUEBLO QUE LUCHÓ VALEROSAMENTE CONTRA LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

ATENE DE MADRID BIBLIOTECA

# LOS CREADORES DE ELEGANCIAS

## LAS FAMOSAS EXPOSICIONES PARISIENSES



En los *Salons* que gozan de más nombradía, los comerciantes americanos que van á escoger las últimas creaciones, son recibidos hacia el primero de Septiembre; á los ingleses, rusos, italianos, españoles, se les reserva las jornadas sucesivas. Pero se les impone la condición de ser conocidos de la Casa, y de firmar un contrato comprometiéndose á no lanzar los modelos en Francia, ni antes que París, so pena de cuantiosa indemnización, ó caso de ser desconocidos, ir provistos de una carta de presentación de comerciante conocido. Cuando pretenden asistir á la exposición de los modelos, la señora que dirige la venta, inscribe en un registro su nombre, asigna á cada cual el día de admisión y consigna al mismo un billete en el cual está indicado el puesto que podrá ocupar. En el salón hay una apretada fila de asientos, paralela á las paredes. Y por el centro, toda la mañana, ante aquel concurso internacional se desarrolla el espectáculo.

En series de tres, de cuatro ó de seis por vez, salen las maniqués. Son bellas, graciosas, esbeltas, y su juventud linda entre la edad de la ilusa Julieta y la de la apasionada Desdémona. Observándolas atentamente, se ve en su figura aliva un algo apenas perceptible, pero que las diferencia. En unas parece traslucirse algo de despecho de servir de percha para recreo de mujeres más ofortunadas que ellas; en otras la amargura de su vivir deja entrever una triste envidia, un cobarde deseo de llegar, sin reparo en los medios, á sentarse junto á sus espectadoras; pero éstas y aquéllas son las menos. A su edad, la mujer es feliz con parecer hermosa aunque el atavío sea prestado, y así la mayoría desfila erguida, satisfecha de verse contemplada y admirada; camina con graciosa solemnidad como sacerdotiza de la belleza, como lo que es una artista de la sugestión que interpreta la obra de arte que se le confió, y le añade encantos y hace realzar y estimar los méritos del nuevo corte. Así atraviesa la sala con paso ligero y mesurado, se aproxima á todos los presentes, induciéndoles suavemente á examinar la estructura del traje de paseo, de visita ó de tarde, que su persona exhibe volviendo en torno á sí, y se aleja después muellemente, acompasadamente.

Aparecen otras maniqués, con nuevos modelos, ofreciéndose al mismo examen que las anteriores, hasta pasar de doscientas.

En una estancia contigua, varias oficiales tienen prontos todos los trajes que se han de exhibir. Las maniqués, apenas salidas de la sala, son despojadas de su ropa, y hay un instante en que quedan totalmente desnudas. En seguida, con todo cuidado, se las vuelve á vestir y á enviar á la presencia de los espectadores.

Esta función se repite todas las mañanas, desde las diez hasta las doce, durante el mes de Septiembre.

Mientras las maniqués cambian de atavío, varias oficiales del gran modisto van anotando en un registro las órdenes de pedidos que reciben. La misión de estas vendedoras es de las más importantes, y se retribuye espléndidamente. La directora de las ventas de un famoso modisto tiene un sueldo de 50.000 francos anuales. Hay que advertir que estas vendedoras son, además, óptimas consejeras y proveedoras habilísimas de los clientes; así, apenas una serie de maniqués ha terminado sus vueltas, expide órdenes inmediatamente á los distintos obradores para que reproduzcan los modelos que se acaban de escoger, rectifica adornos y se ocupa de toda la confección.

Hay casa de elegancias que dispone de cuatro pisos, en donde ganan su vida 800 obreras y 400 empleados; cada obrador se ocupa de un género especial de vestidos, y está dirigido por una *prémière*. Todas las dependencias están sometidas á una disciplina, que podría calificarse de militar por lo férrea y rígida.



Es un aspecto elegante de la vieja esclavitud, en la que el individuo perdía la propia personalidad, dejaba de ser *sui juris*, para convertirse en cosa. Sino que los modernos, con cruel hipocresía, encubren la gran injusticia, con el pretexto del alto industrialismo.

Todo aquel ejército de obreras señoritas, directoras, de contables y administradores, sirve con la misma solicitud á los comerciantes que á la clientela más aristocrática. El salón de exposiciones se ve invadido por una legión de damas del gran mundo, de artistas de teatro, ávidas de conocer las últimas novedades y que sean tan enteramente *nuevas* que apenas si se parezcan á la moda anterior.

Porque las mujeres—ha concluido mi amiga— sólo somos conservadoras... ante el espejo... y sólo nos gusta conservar nuestra propia belleza, la juventud, manantial de felicidad que, no por ser efímero, deja de hacerse.

EL BACHILLER CORCHUELO

**L**ECTORA amable que hojeas con nerviosa curiosidad todas las revistas de elegancias en busca de las *últimas* creaciones de los grandes artistas del vestido que en París imponen la moda al resto del mundo.

Tú ignoras, de fijo, el número de precauciones que adoptan los más famosos *Salons* para ocultar sus creaciones, sus confecciones, las composiciones de línea, color, tejidos y guarniciones que sus *primeras* han ideado, para que sus modelos no sean lanzados á la publicidad antes de ser examinados y elegidos por una clientela confiadísima é interesada en disfrutar antes que nadie, el placer de imponer la novedad. Toda precaución parece poca para impedir que ningún indiscreto se introduzca en sus salas á la hora de la exposición de los modelos.

Es muy curioso el funcionamiento de estas exposiciones, que me ha descubierto una amiga curiosa, y que por ser muy dada á viajar y á huronear en el secreto de todo, sería un estimable repórter.

LA MUJER INGLESA Y SUS ARTISTAS



ANTE EL ESPEJO, dibujo del célebre Blampied



PARÍS, OBSTÁCULO  
LA CONQUISTA DE LA ACERA



Tenderetes y vendedores ambulantes que dificultan el tránsito por las aceras en el Faubourg Montmartre

A muchos madrileños que llegan á la antigua Lutecia se les oye proferir ingenuamente el mismo lamento:

—¡Oh!, este París es intolerable. No se puede vivir en paz: «todo el mundo» tiene prisa...

Y, en cuanto les ha sido posible, se han vuelto á su Recoletos, donde «todo el mundo» pasea tranquilamente; ó á la «Carrera», donde «todo el mundo» se estaciona plácidamente...

La observación, aunque de late á un «isidro», encubre á un hombre sano, que no conoce ninguna de las neurastenias actuales, particularmente de las neurastenias parisien-ses. Es cierto, ó al menos lo parece. En París «todo el mundo» tiene prisa... El gran Benavente escribió hace tiempo una de sus espirituales crónicas comentando, con motivo del cinematógrafo, el afán de simplificarlo todo, de conocerlo todo, de vivirlo todo; la «prisa», en fin, enfermedad moderna que hace ricos á muchos pueblos y ruines á muchos hombres.

Merece verse la Avenida de la Opera, en cualquier momento; las escaleras subterráneas del «Metro»; los puntos de parada de los «autobús» y tranvías; la misma acera; el último, insignificante «café-Biard». No se hable del pórtico de la Bolsa, ni de los grandes almacenes, ni del «carrefour» de un barrio cualquie-

ra... Todo corre, todo vibra, todo pasa, todo aturde...

París retiembla, arde, se agita, resuena en un concertante que parece un desfile, en una inquietud que semeja una huída...

Bajo los castaños de los bulevares, la gente camina veloz, como perseguida ó persecutora. El dinero corre, el tiempo vuela, el amor iguala en velocidad al tiempo, y la ciencia da zancadas

gallardísimas, muy amiga de marchar con la celeridad del oro.

¿Qué se está quieto en París, ni espiritual ni materialmente? ¿Qué comecón es esa del hombre, del automóvil, de la idea y de la sensación? La actualidad tiene duración y brillo de relámpago. El vértigo domina á la muchedumbre. Por vivirlo todo, se vive homeopáticamente. Y en medio de tantas cosas que corren encorvadas, como abatidas bajo un huracán de fiebre, sólo el ciprés eleva su fastigio verde y simbólico, más altanero que una pirámide.

Descendiendo á la pintoresca animación de las calles de París, se ve que los vehículos y los transeúntes compiten en velocidad. Y esta velocidad es contagiosa. Hasta hoy, lo único que ha respetado son las comitivas fúnebres, y eso que la Muerte también posee buenas piernas. Como la Fortuna, como el Amor y como la Ingratitud, debía pintársela con un par de alas...

Así se atolondra el ingenuo madrileño que llega tarde á todas las citas y que aún sigue incrustado á su roqueña máxima de que «no por mucho madrugar amanece más temprano». No conoce el «entrenamiento» de la actividad física, eco á veces, y á veces germen, de la espiritual. Cuando marcha por la calle—con lentitud voluptuosa del que en pri-



Vendedores ambulantes en la Rue Lamartine

mer lugar, anda, y en segundo, va á cualquier parte donde le aguardan sin impaciencia—, París le da la impresión de una película cinematográfica. La nerviosidad, el atolondramiento, la presteza de estos parisienses, que tienen tasado el tiempo, y luchan por la vida con más tozudez que nosotros, le desceniran, le ponen desasossegado, le aturden.

Pero esto, no significando en realidad gran cosa, acaba, en definitiva, por someterle casi siempre. ¿Quién no corre al verse acosado por un «taxi» que se echa encima, por un «autobús» que avanza imponente, por los «tripor-teurs» y los ciclistas y los camiones y los mil vehículos que, constantemente, durante el día, van y vienen á lo largo de las calles? ¿Quién no acelera el paso, por la acera, si en París, que es remolino, renovación, vértigo, lucha, desvío y volubilidad, la mujer bonita pasa, el negocio tentador desaparece, la aventura huye riendo, y la belleza misma, proteica, pero febril, se pierde á lo lejos para tornársele más tentadora y original que antes?

Es verdad: en París todos «tienen prisa». Y el español que no se adapta á este medio—porque no puede ó porque no quiere—, sólo volverá á París en dos ocasiones interesantes: cuando tenga mucho dinero ó cuando tenga mucha juventud. Entonces sí, entonces comprenderá el gozo de correr, aunque con oro y con mocedad siempre se llegó á tiempo á todas partes.

ooo

Dado, pues, este vértigo, uno de los problemas que más seriamente plantea París es el de la «conquista de la acera».

Las *terrasses* de los cafés, los kioscos anunciadores, los escaparates desmontables de los comercios, el castañero, la florista, el librero, la vendedora de ostras y caracoles, la de periódicos, etc., etc., se han apoderado del espacio que el Municipio, en un raptó de generosidad, cediera al transeunte.

Como todo París—bien entendido que nos referimos al París céntrico—es un reclamo, un tumulto, una solicitud que, desde las primeras horas de la mañana hasta media noche, no cesa, el problema



Las aceras del Faubourg Montmartre aparecen ocupadas en sus dos terceras partes por las instalaciones de los cafés y cervecerías



Una esquina difícil de sortear en pleno Faubourg Montmartre. La acera aparece totalmente ocupada por los tenderetes y las tertulias



Un trozo de la calle Chateaudum, casi intransitable á causa de los tenderetes y kioscos



Obstáculos opuestos á la circulación por la industria callejera en la rue de Provence

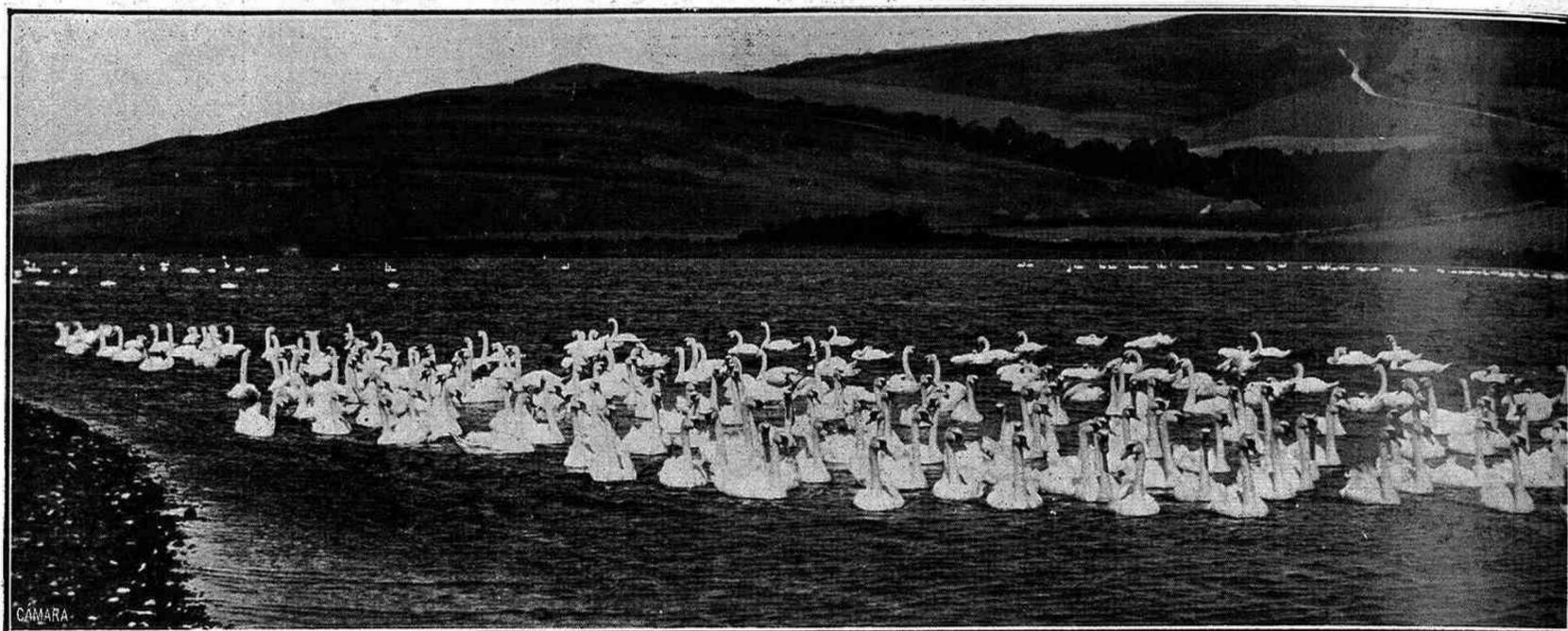
de la circulación de vehículos y de seres, cada vez más insoluble, ha originado quejas justificadísimas, que el Ayuntamiento ha estimado preciso atender. Las mesas de los restaurantes y los veladores de los cafés se han confabulado con los mostradores, donde exhiben sus mercancías los comercios. El transeunte no puede caminar. Si quiere acudir á tiempo á una cita, un saldo de ropa blanca no se lo permitirá. Si le espera la novia, el agente de negocios, la comida ó el espectáculo, varios señores que toman un *Amer-Picon*, ó que están á la mesa escogiendo los *hors d'oeuvres*, no lo consentirán. Y, si quiere cruzar la calle, el acosado peatón perderá una parte preciosa de su vida aguardando á que pase la fila interminable de *taxis*, *autobuses*, tranvías de vapor, tranvías eléctricos, *landeaux*, *caps*, *tripor-teurs* y ciclistas, que llenan la calle de humo, de trepidaciones, de pestilencias, de caballos, de ruedas, de anuncios, de gritos, de sonos de bocina y de repiqueteos de campana...

¡Ah, París, urbe generosa! En ella cabe todo, se aloja todo, se mixtifica todo y se bombea casi todo. Arraigan modas, germinan teorías, triunfan revoluciones, se encienden hogueras, se apagan antorchas; el *snoob* y el *rascaquero*, la cortesana y la sufragista, el regicida y el monarca destronado, el morfinómano y el salvaje auténtico, cogidos de la mano, bailan una estruendosa zarabanda cosmopolita... Pero el único que apenas puede, no ya sembrar teorías ni imponerse al mundo, sino andar á pie, es el buen hombre que se abisma en una calle céntrica con el inofensivo propósito de «flanear» una hora para ver caras bonitas, escaparates llamativos y perspectivas maravillosas, como sólo las ofrece París...

Por eso, si en alguna parte del mundo debía haberse inventado la aviación, hubo de ser en la concurridísima *Ville Lumière*. Y ahí tenéis esos aeroplanos admirables, cada vez más seguros y audaces que, mientras sueñan con recuperar la Alsacia-Lorena, se proponen dejar, en plazo breve, algo más libres y despejadas, las aceras de París.

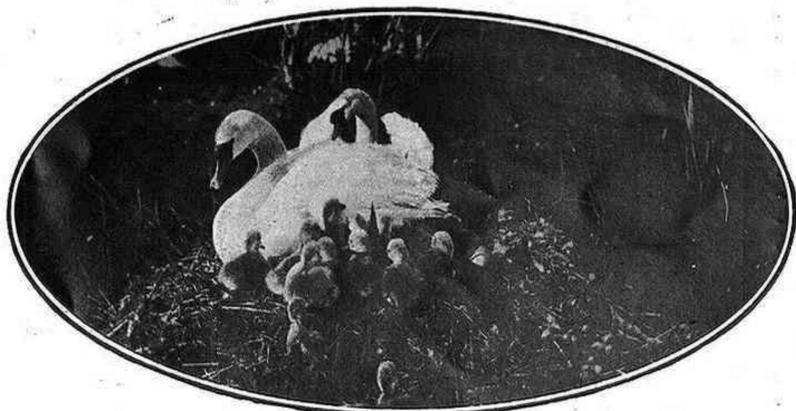
E. RAMÍREZ ANGEL

# INDUSTRIAS POÉTICAS



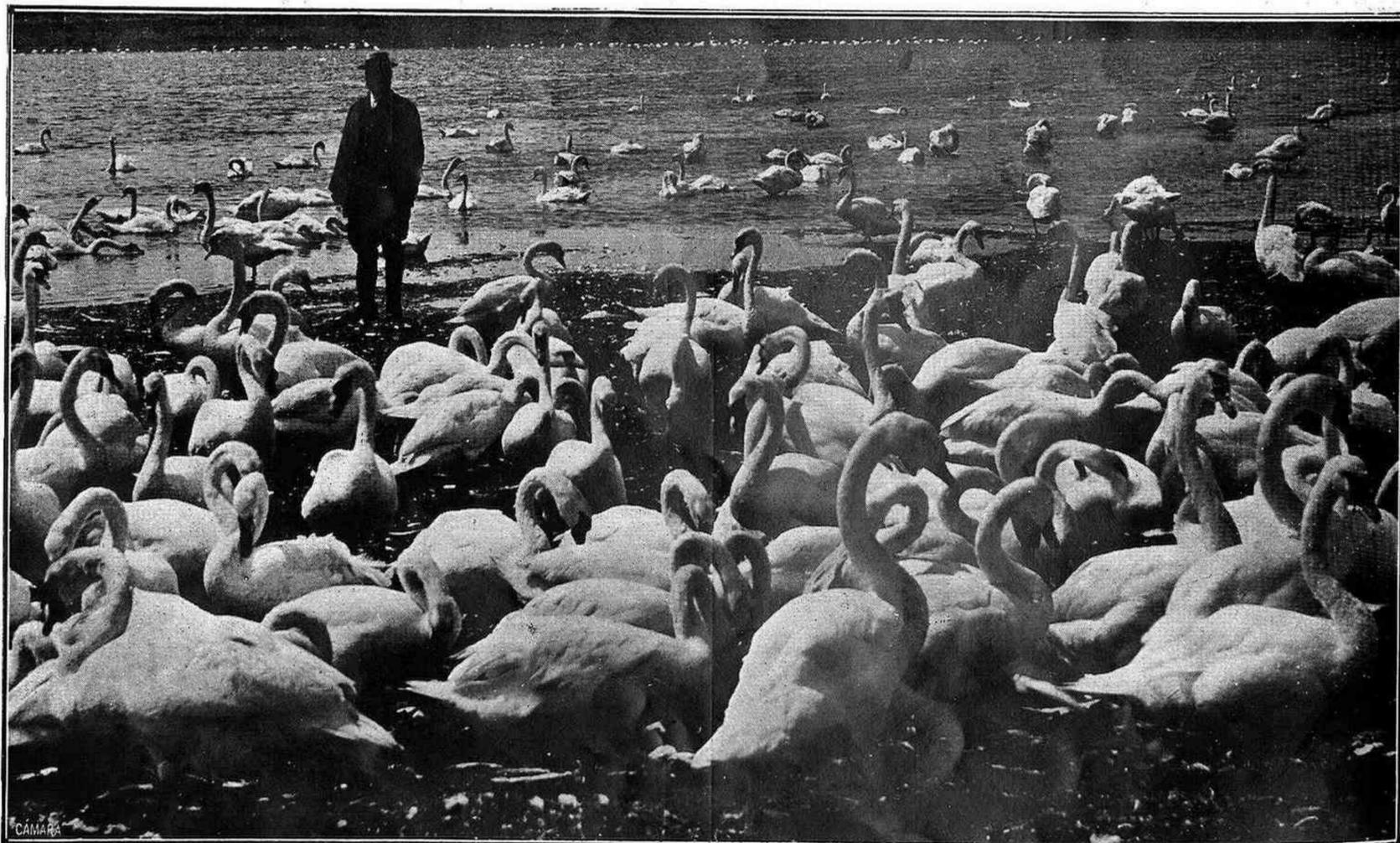
El famoso criadero de cisnes de Abbotsbury, en Inglaterra, primera instalación en gran escala de ese género en Europa

**A**VE consagrada por la antigüedad pagana á Apolo, á Leda y Venus, emblema de una poderosa orden de Caballería, en la Edad Media, á la que dió origen una bella leyenda asociada por el genio poético de Ricardo Wagner á su ópera más popular, el cisne blanco de largo cuello y plumaje sérico, rey de los estanques azules y tranquilos, inspiradores de endechas y baladas, es nativamente un sér selvático, de instintos libres y poco amigo del hombre. La especie doméstica, de la que obtiene la industria grandes provechos, vive silvestre hacia Escandinavia, los Balkanes, el Ural y el Turquestán é inverna en las costas del



Una reunión de familia en el criadero de Abbotsbury

Mediterráneo y el Norte de la India. En Inglaterra se ha logrado desde el siglo xviii crear un importante centro de cignicultura que provee de plumón y de ejemplares á toda Europa, realizando enormes beneficios. Hállase situado en Abbotsbury, cerca de Weymouth, en Dorsetshire, ocupando la poética industria un inmenso dominio señorial que perteneció en tiempos á histórica y riquísima abadía. Los cisnes son en Inglaterra, por decreto legal, propiedad de la Corona, y por lo tanto, poco menos que sagrados. Quien los hurta ó daña, comete «felonía» y aparte de la pena de prisión incurre en la responsabilidad pecuniaria correspondiente.



Los cisnes de Abbotsbury á la hora de la comida

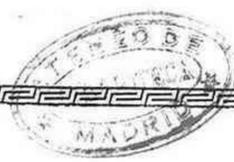
LA ESFERA

# ESPAÑA PINTORESCA



PAISAJE CARAVAQUEÑO

FOT. FRANCISCO SÁNCHEZ





LA REINA MARÍA VICTORIA  
Esposa de Amadeo I

HASTA el rincón donde me tienen recluido los achaques de la edad, llegan el estruendo y las noticias de los últimos acontecimientos políticos y oigo y leo referencias y comentarios de sesiones tumultuosas en el Congreso y de escándalos en las calles...

¡Y aun dicen algunos que el país no se siente influido más que por el indiferentismo! Me acuerdo muy bien de aquella temporada del 1876, cuando en la tribuna del Congreso tomaba para mi periódico, las sesiones en que se discutía nada menos que la Constitución... España convalecía de las violencias sufridas durante el período revolucionario. En el Congreso las discusiones deslizábanse serenas y apacibles. Cuando el gran Castelar pronunciaba una de sus oraciones incomparables—así como suena, incomparables, porque después de *aquello* no hubo, hasta ahora, nada parecido—el presidente oía, con la mano puesta sobre la campanilla, apercebido para contener y estorbar cualquier atrevimiento del orador republicano. Era Posada Herrera—el presidente—un hombre sagacísimo, burlón, frío, que oponía á los alardes de la oratoria impetuosa, donaires siempre oportunos y eficacísimos.

Recuerdo que por entonces, lo más saliente fué un rudo debate entre Cánovas, magníficamente ampuloso, con elocuencia un poco impertinente por su tono dogmático, y Sagasta, simpatiquísimo, sencillo, suelto, incapaz de usar más palabras que las precisas para aducir sus razones ó dar una estocada mortal al adversario.

De la lucha oratoria que mantuvieron Cánovas y Sagasta, quedaron los liberales tan complacidos, que dieron al que luego iba á ser su jefe una comida, en la que no hubo brindis, porque el horror al brindis nació con la costumbre de pronunciarlos.

Por cierto que en la noche de aquel banquete comieron en el Buen Retiro, donde se celebraba, varios ministros conservadores y hubo cambio de obsequios entre los políticos de oposición y los que ejercían el mando. Eso del pasteleo interno de la política, también es tan antiguo como la política misma.

En aquellas sesiones de 1876, no se produjo ningún incidente ruidoso, salvo el rapidísimo ocasionado por unas palabras del ministro de Gracia y Justicia, contra el marqués de Sardoal. Este, que era hombre de poco aguante, reclamó enérgicamente contra el dicho del ministro, quien tampoco tenía el defecto, si es defecto, de la blandura de carácter, pero el presidente cortó á tiempo el disgusto y el agravio no tuvo mayores consecuencias. Era el presidente de entonces, mucho presidente para dejar que los chispazos de las pasiones provocaran terribles incendios.

Además el país estaba reponiéndose de los estragos sufridos en años anteriores. Recobraba las fuerzas, después de la guerra carlista, y mandaba á Martínez Campos con amplios poderes para que terminase la de Cuba. De dinero andábamos medianamente y eso que había oro en circulación, pero aunque parezca paradójico, con centenes en las manos, las pesetas eran más escasas que en estos tiempos. El papel del Estado se cotizaba al 12 por 100. La dictadura mantenía-se aun después de promulgada la Constitución.

## LO QUE FUÉ

SESIONES DE ANTAÑO  
(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

En los periódicos no se escribía más que lo corriente, porque las denuncias y suspensiones convertían en cauto y medroso al más despreocupado y audaz.

Latía el espíritu democrático en el fondo de aquella sociedad, desengañada por los estragos del fanatismo revolucionario. Fué entonces cuando perdió á su esposa Don Amadeo, que se consolaba en Italia de las tristezas que le causamos los españoles. La enfermedad de María Victoria, la nobilísima dama, se siguió en nuestro país con las ansiedades que sólo inspira el verdadero cariño. La muerte de la ex reina produjo hondo pesar, y aún me parece que veo salir de las exequias, hondamente conmovidos, á los políticos más notables del liberalismo de entonces: Serrano, Sagasta, Castelar, Moret, Becerra, marqués de Sardoal, y creo tener ante mi vista á dos damas ilustres que oraron en el templo por la que había sido su soberana: á las duquesas de Prim y de la Torre.

En aquel mismo año, las ideas expansivas tuvieron uno de sus más eficaces alardes: el de la apertura de tareas de la Institución libre de enseñanza, en nombre de la que habló, con autoridad y sabiduría, D. Laureano Figuerola. La política andaba perezosa y con miedo, pero la gente se divertía de lo lindo. En el otoño se aplaudió, en su alternativa, á un torero: Angel Pastor, anunciado como fenomenal, pero que luego hubo de acomodarse en la categoría de lo corriente. Gozamos de muchos y muy buenos teatros. Arderius, en Príncipe Alfonso, ganó dinero con *El siglo que viene*, de Ramos Carrión y Campo Arana. En aquella zarzuela se popularizó el estribillo:

*¡Deliciosa vida,—qué felicidad,  
qué tiempos aquéllos,—ya no volverán!*

En Apolo se iniciaron intentos de ópera española, estrenando una de Bretón, titulada *Guzmán el Bueno*. El teatro de la calle de Alcalá tenía entonces mala sombra; todos los empresarios perdían en él su dinero y se le tachaba de estar lejos del centro de Madrid. El Español enaltecía entonces con el arte de la Boldún y de Antonio Vico. Ellos estrenaron uno de los primeros dramas de Echegaray, el titulado *Cómo empieza y cómo acaba*, que pareció al público de un atre-



CAROLINA CIVILI  
Notable actriz italiana, que después actuó como española



ELISA BOLDÚN  
Notable actriz dramática

vimiento extraordinario. Por cierto que, en el estreno de la obra, estuvo á punto de provocar un desastre el tocado de la dama joven, la que fué luego primera actriz, Antonia Contreras. Salió la artista á escena con un sombrero provocador de risa fulminante, y gracias á que la obra era de las que emocionan de veras, no acabó en carcajadas lo que empezaba con lágrimas. En el Español también se anunció aquel año un nuevo autor: D. Francisco Sánchez de Castro, de quien se decía que iba á dar lustre á las letras españolas. Desapareció de la vida en plena madurez, sin disfrutar de la gloria que se le pronosticaba. También aquel año estrenó D. Mariano Catalina, el que luego fué secretario de la Academia, un poema en tres actos, *Luchas de amor*, que tuvo suerte menos adversa que *Alicia y Tomás Anielo*.

Apareció en Novedades la Civili, actriz italiana, convertida en actriz española, venciendo con arte las dificultades del acento. Estrenó *El gladiador de Ravena*, una tragedia en un acto compuesta por Echegaray en menos de horas veinticuatro para satisfacer un compromiso, olvidado hasta el instante de tener que cumplirlo.

También representó la Civili una tragedia en tres actos, *Norma*, traducida al español por el Sr. Bonafós y D. Luis Díaz Cobeña, el actual insigne jurisconsulto, que allá en sus mocedades tuvo afortunadísimos pujos literarios.

Como dato curioso de aquella época, recuerdo que en la Comedia, donde actuaba Emilio Mario, estrenaron una, *El primer desliz*, escrita por Joaquín Valverde, el que después, dejándose de letras, logró con las notas musicales fama y provecho.

Pero las bienandanzas teatrales, se amargaron con un desastre. El incendio del Teatro del Circo, ocurrido al final del año. Era el empresario Bernis; llevaba una malísima temporada, porque el intento de sustituir el *Don Juan Tenorio* con *El convidado de piedra* no obtuvo resultados. Entonces se encargó á Feliú y Codina (un autor catalán que con *La Dolores* y otras obras castellanas obtuvo más tarde gran nombradía) que le escribiese *El testamento de un brujo* para aprovechar trajes y decoraciones de *La magia nueva* que se había representado con éxito feliz en Barcelona. *El testamento de un brujo* se estrenó, en Diciembre, con excelente resultado. Al cuarto día de su estreno y cuando por la tarde estaba ensayando la primera bailarina de la compañía, estalló un incendio formidable, que en pocas horas convirtió en ruinas humeantes aquella sala vastísima, donde habían resonado grandes ovaciones, en honra de los más preclaros artistas del Teatro de España.

Durante algunos días, se comentó en España entera la desaparición del Circo; aunque en punto á desapariciones, la más comentada fué la de doña Baldomera, que tomando dinero á un interés fabuloso, logró reunir el de varios incautos que se quedaron sin él. Aquella señora tuvo unas semanas de popularidad gloriosa, porque fueron infinitos los tontos que consideraban posible convertir un duro en cuarenta, por sólo el deseo de la generosidad ajena.

Por la transcripción,

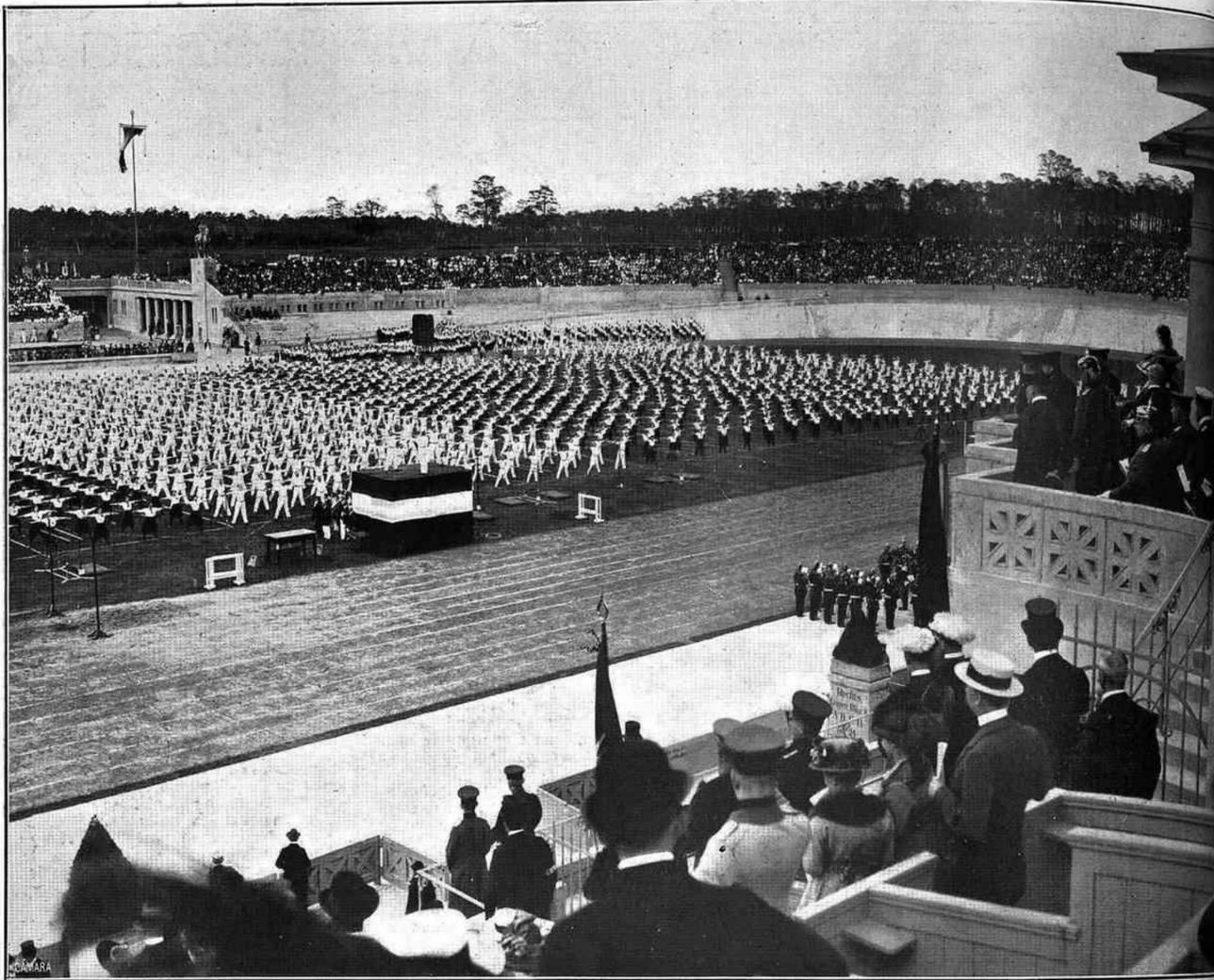
J. FRANCOS RODRÍGUEZ

# PÁGINAS ARTÍSTICAS



LOS RIVALES, por D. Carles

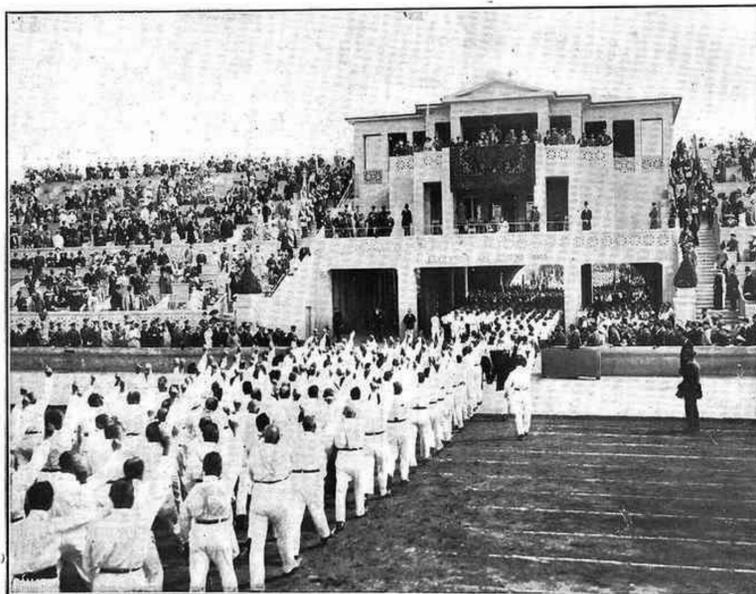
# JUEGOS OLÍMPICOS EN EL GRAN STADIUM, DE BERLÍN



Ejercicios gimnásticos, por individuos de ambos sexos, en presencia de los Emperadores



Desfile de los gimnastas por delante de la tribuna regia



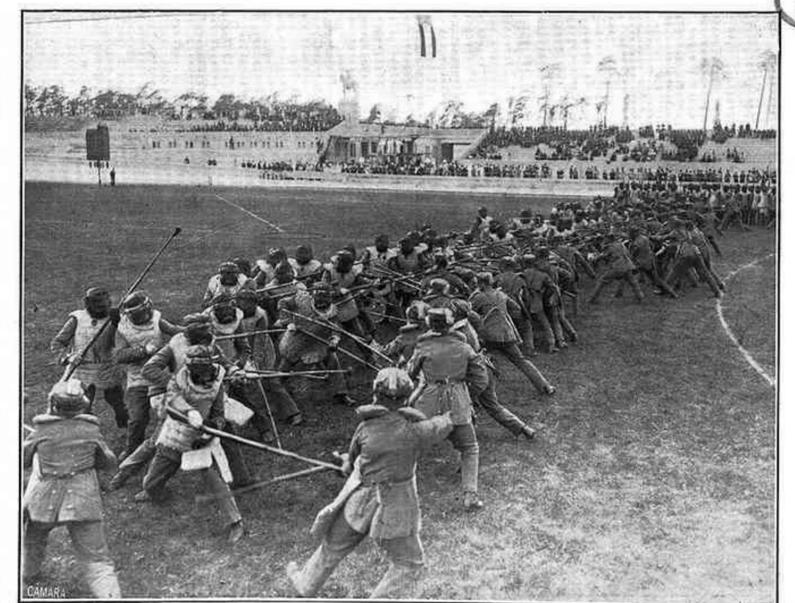
Aspecto de la tribuna de los Emperadores, al paso de los gimnastas

Como Alemania, cual otras naciones de vanguardia, tiene la desgracia de no poseer plazas de toros y de ignorar lo que sea el torero, vese obligada á encauzar las energías físicas de la raza por otros álveos. Así, construye, á imitación de aquel gran pueblo de degenerados que sacó de sus estadios y gimnasios á los infelices vencedores de Salamina y Platea, soberbios anfiteatros, en los que la juventud alemana, ahita de saber; la juventud que se anquilosa y extenua en las interminables horas de estudio del aula, de la politécnica, de las Escuelas de Artes y Oficios, en Heidelberg, en Bonn, en Leipzig, en Berlín, recobra ó adquiere el músculo que ha de construir hombres capaces de hacer sentir si llega la ocasión, el poderío del Imperio germánico, en el campo de batalla, sobre el puente del acorazado, en las peligrosas empre-



Grupo de gimnastas alemanas de las gradas del Stadium

sas coloniales, en las exploraciones científicas y geográficas, en la hondura de la mina, en los infiernos de los Altos Hornos y de las fábricas de cañones, en la encarnada lucha comercial, en la clínica, en el laboratorio, en todas las esferas, en fin, de la actividad humana, que requieren una perfecta organización física en absoluto paralelismo y equilibrio con la fuerza mental. De acuerdo con esa dirección, Berlín ha emplazado en sus suburbios un Stadium, de cabida de 50.000 espectadores, en el que se verificarán periódicamente juegos olímpicos y otras fiestas encaminadas al mejoramiento de la raza. Recientemente se celebraron en el Stadium concursos de natación y ejercicios de armas portátiles. En ambos tomaron parte numerosos oficiales del ejército y un hijo del Kaiser.



Detalle de los juegos olímpicos.—Un combate á la bayoneta



## DE NORTE Á SUR

### La dama de la pantera

Uno de los más bellos cuadros de Anselmo Miguel Nieto, representa á Tórtola Valencia danzando la danza del incienso. El cielo, nocturno, azul de Oriente, dosela su figura. Orientales perfumes la envuelven y una luz extraña, como si contempláramos una estatua de mármol blanco, á través de una esmeralda, sutiliza más aun, hasta las quiméricas irrealidades, su rostro de judía, su cuerpo de serpentinis ritmos. Rozando los velos, las ajorcas de sus piernas, hay una pantera cuyos ojos rivalizan en inquietud con los ojos de la danzarina.

Esta pantera es un símbolo. Como lo son también las otras dos panteras que la fantasía y la riqueza decorativa de Edmundo Dulac pusiera rozando los velos y las ajorcas de las piernas de la maga Circe, bajo el nocturno cielo azul de Oriente,

Pero una actriz rumana va más allá de los símbolos. La señora D'Argos pasea ahora por París con una pantera, sujeta por una cadena. Esta pantera la ha criado la actriz rumana y en cierto modo la obliga á esconder las uñas y á cerrar las fauces la civilización. Pero dentro de la piel moteada arden sus instintos.

La señora D'Argos lo que pierde en adoradores—porque su pantera no consiente esa clase de competidores en la esclavitud y el servilismo—gana en popularidad.

Y esto en París ya es mucho para una actriz. Ya no hablan los cronistas mundanos del mono de Mlle. Minstinguette, ni de las culebras de Mlle. Polaire, ni de la puma suramericana de Margarita Carré.

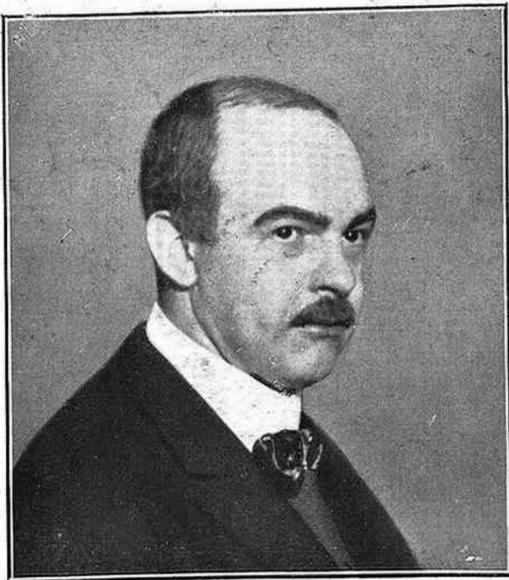
La pantera de la señora D'Argos ha vencido á todos esos animales. Rudyard Kipling, que ha estado en París recientemente, si hubiera coincidido con la actriz rumana, habría podido añadir un bello capítulo á su admirable *The Jungle Book*. Esta nueva Bagheera es aun más peligrosa que la otra de las selvas. No defienden como aquella á Mowgli el hombre salvaje; va en automóvil con una mujer civilizada y actriz. Y en los crepúsculos lentos del Bois los ojos de la pantera tienen lánguidas miradas de mujer, y la mujer se mueve, entre sus sedas, con felinos ademanes de pantera...

### El retrato de Oscar Wilde

Coincidiendo con el estreno de *Salomé* en nuestro Teatro de la Princesa—y lo que es más importante, con el reestreno de *Un marido ideal* en el *St. James's Theatre* de Londres,—los concejales del barrio de Chelsea han cometido la tartufería de descolgar un retrato de Oscar Wilde, que había en la Casa Consistorial.

El motivo es un poco triste. El concejal que propuso este ultraje póstumo, se ha fundado en aquellos tres años de cárcel que sufriera el admirabilísimo autor de *The picture of Dorian Gray*.

Por el tamiz del tiempo no debían pasar estas



M. HANSI  
Notable dibujante alsaciano que ha sido procesado por las autoridades alemanas

vergonzosas flaquezas humanas. Si atendiéramos antes á la vida que á las obras de los grandes hombres, muchos libros supremos, muchos cuadros maravillosos, bastantes composiciones musicales, no serían leídos, ni contemplados, ni escuchados.

¿Qué nos importan los vicios de aquel hombre hercúleo que tenía un bello perfil de la Roma decadente, de aquel hombre que conoció las más altas glorias y los más humillantes oprobios, frente á sus obras? Estas obras se sostuvieron dignamente entre los esplendores, contemporáneos suyos, de las teorías estéticas de Ruskin y William Morris, de los cuadros de Rossetti y de Burne Jones, de las poesías de Swinburne, de la filosofía de Carlyle, y sembraron los campos literarios para las futuras cosechas de belleza.

Conforme pasan los años, la gloria de Oscar Wilde se afianza, se afirma con más sólidas é inmovibles fuerzas de eternidad.

Por eso merece todas las censuras el mal entendido puritanismo de los concejales de Chelsea que descuelgan el retrato de una de las más puras reputaciones literarias—á pesar de su impureza humana—de Inglaterra.

Es como si, al retrato de Dorian Gray, volvieran á clavarle el puñal simbólico de la novela para que el mundo sólo vea una figura repugnante y envejecida en todos los vicios...

### El caricaturista Hansi

Los mal adormecidos rancores de Francia contra Alemania se despiertan de cuando en cuando. Hace poco fueron las bélicas cabriolas imaginativas del príncipe Federico Guillermo, heredero de la corona imperial; ahora, las rebeldías justísimas de un caricaturista alsaciano, son las que desgarran heridas no cerradas aún.

El caricaturista Hansi, en cuya alma y en cuyos lápices late la misma angustiosa amargura que en el Paul Ehrmann de *Au service de l'Allemagne*, de Maurice Barrés, ha sido procesado y encarcelado por las autoridades alemanas.

Los artistas franceses empiezan á indignarse seriamente, y la portada del semanario humorístico *Le Rire* se ha ennoblecido doblemente con austero dibujo de Willette, que glosa la abrumadora *Melancolia*, de Alberto Durero.

Regocijémonos por Francia. Vuelven, al parecer, los tiempos rebeldes de aquel Delaunoy, que acaba de morir, y que encauzó las multitudes desde *L'Assiette au beurre*.

¡Pobre *Assiette au beurre*! Fué un ariete y es... eso: un «plato de manteca».

Precisamente, en estos días en que se encarcelaba á Hansi, *L'Assiette au beurre* se muestra en la más lamentable de las decadencias.

Antes tenía derecho á mirar frente á frente, sin bajar su cabecera, al *Simplicissimus*. En sus páginas había entusiasmos cálidos, generosos, insultos audaces al pie de los dibujos de Steinlen, de Forain, de Herman Paul, de Delaunoy, de Nandin.

Hoy día no tiene la menor importancia artística. Un caricaturista mediocre, el Sr. Radiguet, dibuja tonterías intercaladas en el texto anodino.

¡Qué lejos aquellos números vibrantes, gallardos, que sonaban á clarines y abrasaban las manos con su fuego interior! No respetaban á nada ni á nadie, ni siquiera á los que viven de ser irrespetuosos. A un número socialista sucedía otro imperialista. Después de los dibujos amargos, desconsoladores de *L'ange du foyer*, firmados por Herman Paul, reía la jocundidad soldadesca infantil de Poulbot. Al número antimonárquico de Leal da Cámara, seguía el sentimental soñador de Delaw, que hace hablar á los jardines, á las nubes y á las cosas humildes...

### La propaganda del suicidio

Como en la inquietante novela de Roberto Luis Stevenson, que luego fué llevada á la escena del Grand Guignol, en la vida real se ha dado el caso sorprendente de un Club de suicidas.

En Alemania, envenenada por la cerveza y por la filosofía de Hartmann y de Schopenhauer era donde, lógicamente, había de encajar la extraordinaria ensoñación del aniquilamiento colectivo.

En Stugart varios estudiantes habían formado Asociaciones destinadas á fomentar el suicidio. Los padres de familia—estos admirables padres



MME. D'ARGOS

Artista rumana que se pasea actualmente por París llevando una pantera domesticada

de familia que se hicieron célebres en España cuando la Bella Chiquita era joven—empezaron á preocuparse de las desapariciones de los muchachos. Unos tras otros iban escurriéndose misteriosamente hacia la eterna sombra...

Se observó cierta periodicidad, cierta semejanza de detalles. Una fatal consigna parecía presidir estas muertes. Se adivinaba que el *ananké* griego se había hecho voluntad dentro de los juveniles espíritus.

Y á no ser por lo que suelen descubrirse las conspiraciones contra la vida ajena ó contra la vida propia, por un arrepentido, no se hubiera descubierto nunca esta conspiración contra el «instinto de vivir». La sangre joven de Stugant habría seguido derramándose inútilmente.

En el Japón hace tiempo que está sucediendo lo mismo, y realmente es llegado el momento de pensar si las filosofías *nirvánicas* de ciertos pensadores occidentales no conducen como las de los orientales al pesimismo práctico, el único consistente.

### Los emigrantes

Italia empieza á preocuparse de sus sangrías emigratorias. Todos los años abandonan las cortes italianas muchos miles de campesinos, de obreros, hambrientos.

Es el sino de las naciones viejas que viven del pasado. Es el sino de España, también, hermana suya en leyendas, en costumbres, en supersticiones é indolencias.

Un dorado espejismo seduce á los que ya no quieren luchar más bajo el cielo que les viera nacer. Las playas lejanas tienen para ellos voces de sirenas.

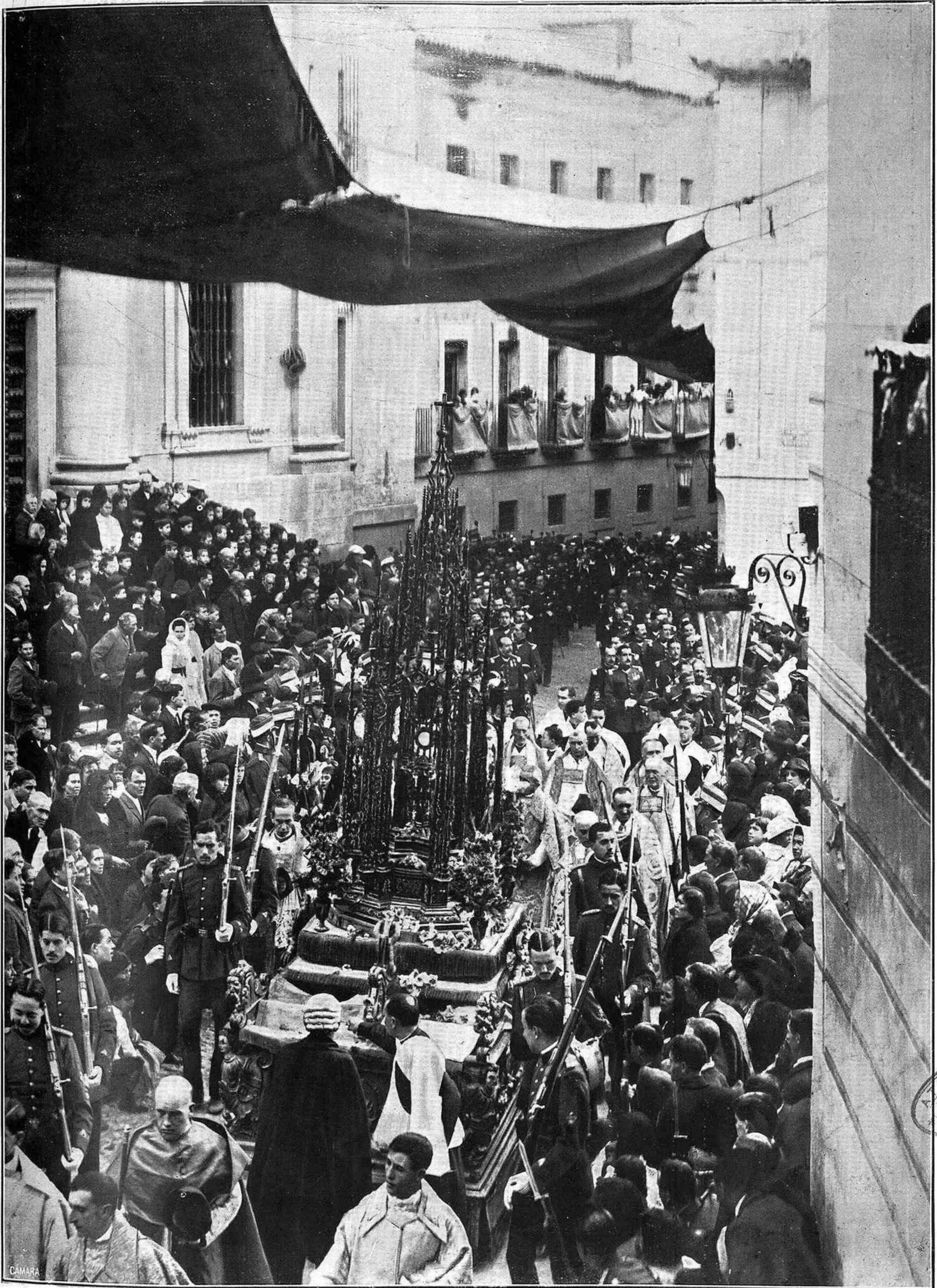
La atracción del horizonte pone en sus ojos un áureo deslumbramiento y les hace olvidar la profunda verdad del antiguo axioma, referente á los pájaros vulgares, que pueden tenerse en la mano, y los pájaros de brillantes plumas y bellos cantos, que vuelan lejanos en el aire...

Al otro lado del mar les esperan las enormes extensiones de terreno; las casas de comercio donde se empieza barriendo y se acaba haciendo barrer á los sucesores, en el suicida ensueño dorado; vejez feliz y tranquila cuando sobra el dinero para comprar esa felicidad y ese reposo.

Y, sin embargo, la mayor parte de los emigrantes, cuando sufren hambre de pan, hambre de amor y hambre de justicia, echarán de menos estas dos pesetas que en otro tiempo las compañías navieras les ofrecían, sin más exigencias que verlos cruzados de brazos, contemplando el mar, dormido bajo el sol...

José FRANCÉS

EL CORPUS CHRISTI EN TOLEDO

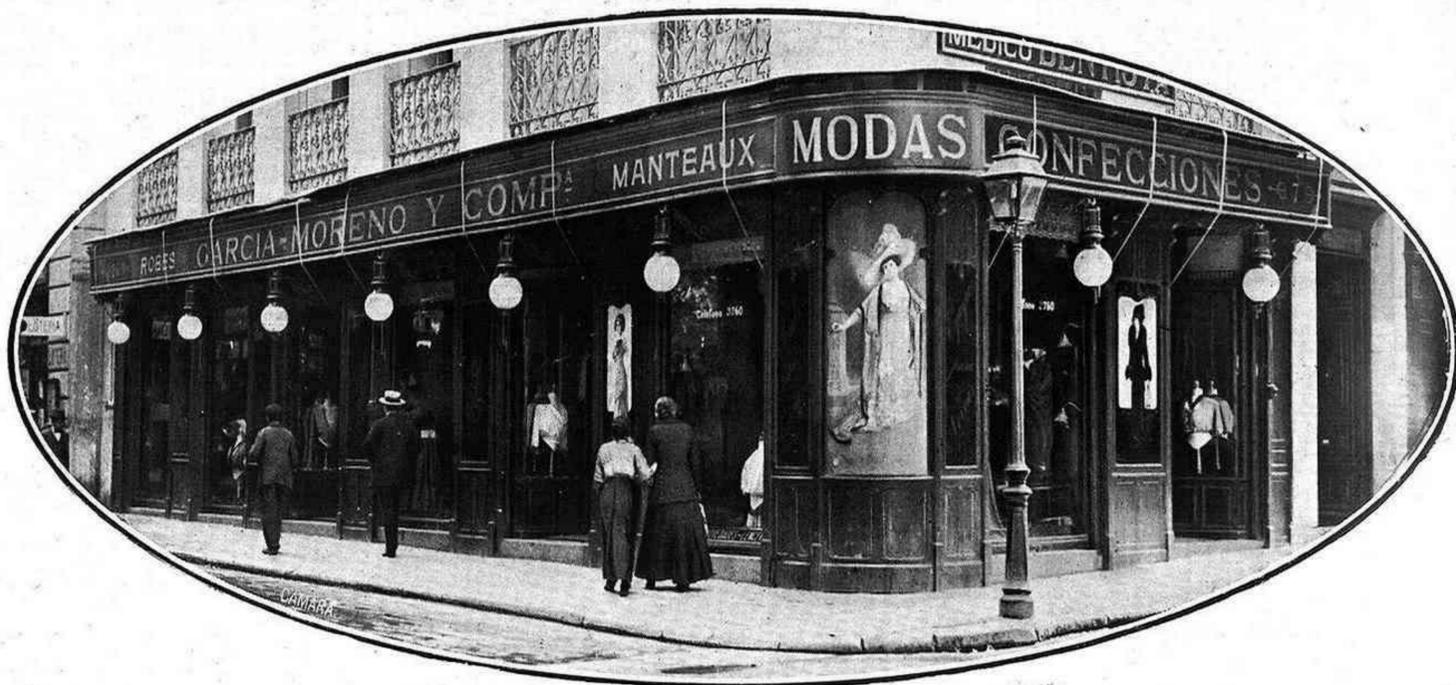


Detalle de la procesión del Corpus Christi en Toledo. :: La Custodia á su paso por la Plaza de San Juan Bautista, escoltada por un piquete de alumnos de la Academia de Infantería

FOT. LUCAS FRAILE

EN DE  
BIBLIOTECA  
MAY 10

# LA CASA GARCÍA MORENO Y C.<sup>A</sup>, DE MADRID



Vista exterior de la importante casa de confecciones para señora, García Moreno y C.<sup>a</sup>, situada en la calle del Príncipe, esquina á la plaza de Santa Ana

De entre las casas de confecciones establecidas en Madrid ha conseguido el primer puesto la de García Moreno y Compañía, situada en la calle del Príncipe, 26 y Plaza de Santa Ana, 7. Tres años de ofrecer al público lo más selecto en toda clase de novedades para señoras, creando modelos de un gran gusto estético, han conquistado para esta casa las preferencias de las

elegantes y el renombre, justo y legítimo, que sólo pueden ostentar los que logran una favorable sanción en el juicio del público. Estas consideraciones no son caprichosamente hechas. Están garantizadas por la numerosa y aristocrática clientela, que acredita su delicadeza y su distinción, utilizando los modelos de extraordinario chic y fantasía de este importante establecimiento.



Tres modelos confeccionados por la Casa García Moreno y C.<sup>a</sup>, de Madrid